

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 11 DE OCTUBRE DE 1915

NÚM. 1.763



RECUERDOS DE ANTAÑO

cuadro del celebrado pintor inglés Leonardo Campbell Taylor



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Historia romántica*, por Luis Capdevila. — *Nicolás Raurich y sus obras*. — *Melilla. Una boda sin precedentes en la cabila de Beni-Bu-Yahi*. — *La guerra europea*. — José M.^a Usandizaga. — *Madrid. Estreno de «La invitación al vals»*. — Carlos G. Vidiella. — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; conclusión). — *Libros enviados a esta Redacción*. — *Madrid. Actualidad teatral*.

Grabados. — *Recuerdos de antaño*, cuadro del celebrado pintor inglés Leonardo Campbell Taylor. — Dibujo de Opiso, ilustración al cuento *Historia romántica*. — *San Sebastián. La familia Real en la intimidad* (dos fotografías). — *El ilustre pintor Nicolás Raurich y sus obras Riera de Gavá y Visión Mediterránea*. — *Melilla. Una boda sin precedentes en la cabila de Beni-Bu-Yahi* (cinco fotografías). — *La guerra europea* (ocho fotograbados). — *El general francés Marchand*. — *El ilustre compositor José M. Usandizaga*. — *Madrid. Una escena de «La invitación al vals»*. — *El eminente pianista Carlos G. Vidiella*. — *Madrid. Una escena de «El Cardenal»*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ha mucho, y aquí mismo, con motivo de mi paso por León y la novela *Pulchra Leonina*, hablé de la Catedral, rival victoriosa de la de Reims, hoy lacerada y hecha escombros, y proclamé una vez más mi entusiasmo por tal monumento, el más armónico y luminoso de cuantos enriquecen a España.

Hoy tengo ocasión de dedicar otro recuerdo a la mágica linterna de Castilla, porque ofrece una innovación, reclamada en ella y en casi todas las Catedrales españolas, por la ley del buen gusto.

Consiste la innovación en una cancela, y la cancela ha sido donada por un prócer, el conde de Cerragería, y colocada en el trascoro, a fin de dejar libre la vista de la nave central y ábside, a los devotos y al turista enamorado de la belleza.

El conde de Cerragería es uno de los mejores españoles que conozco.

No se es buen español solamente por arriesgar la vida en los combates, y sacrificarla en aras de la patria.

En la actualidad, existen muchos señores, pertenecientes a la misma elevada clase social que el conde de Cerragería, y que viven pendientes de si ha salido una nueva marca de automóviles, cuando no de cosas menos inocentes, y en vez de rendir culto al pasado en forma de respeto a sus restos, venerando el arte, las viejas piedras que hablan y sugestionan, tiran por la ventana cuanto pudiera testimoniarlo, y venden por un plato de lentejas la primogenitura, si no la regalan, como hizo cierta dama con un histórico castillo, lleno de memorias, y de interesantísima arquitectura.

Yo he oído, con escandalizados oídos, decir a un magnate que cambiaría otro castillo, también enlazado con nuestros anales históricos, por cualquier *chalet* moderno; y, hasta en mi región gallega, he visto por todas partes la desidia y la incuria de los que, dada su alta categoría, estaban obligados al ejemplo de restaurar o al menos conservar lo que fué, y que cada vez debemos tratar con mayor cariño, puesto que un año que pasa acrecienta su valor.

Hay más.

Ha llegado a ser poco elegante (¡por vida de la elegancia!) ocuparse de «estas cosas».

El que cuida de no perder ciertos timbres, de ahondar en su estirpe, en su casa, en su ayer, pasa por un señor anticuado, especie de marqués de Caravaca.

Un falso liberalismo, una mala interpretación del espíritu moderno, contaminan a los hombres de deporte y de club, que cada día se divorcian más de la tradición, obligando a que repitamos con asombro, como el poeta en su famosa sátira:

«¡Pues ése,

ése es un nono nieto del Rey Chico!»

La ignorancia por un lado y la frivolidad por otro; y encima de todo, esa fría sequedad con la patria, ese tener la existencia vuelta a Europa, convenido, pero no para extraer de Europa cultura que aplicar aquí, sino para lamentarse de que nos faltan grifos y tuberías y detalles de comodidad, y ni siquiera cazamos zorras con jaurías de *fox terriers*, ni elefantes de la India, hacen que muchos que por su nacimien-

to y situación están obligados a ser un elemento directivo, sean un peso muerto, y coadyuven a acabar de borrar y deshacer la imagen de España, como borra torpe restaurador con el alcohol una antigua pintura.

El indiferentismo que ha alejado a la nobleza del servicio de las armas, la hace olvidadiza e ingrata con la tradición.

Necesitamos aquí buenos españoles, y no lo es quien malversa el propio tesoro, que no por ser de un individuo deja de importar a los demás.

Y cierto que igual indiferentismo he podido observar, con pena, en parte del clero.

* *

Recientemente, con ocasión de las peregrinaciones a una Catedral esencialmente española, he notado que la mayoría de los Capitulares tal vez prefiriesen que los dejaran tranquilos en el coro o durmiendo la siesta, a ocuparse de los peregrinos, a ser con ellos atentos y hospitalarios.

Tampoco éstos comprenden que, si no tuviesen razón de ser las peregrinaciones, menos la tendrían los Canónigos.

Si podemos señalar honrosas excepciones, lo hacemos complacidos.

Seguramente el conde de Cerragería es persona muy excepcional.

Enemigo del ruido y del reclamo, sencillo y hasta modesto en sus costumbres, católico verdadero, caritativo y rumboso como el que más, no pertenece al número de los que dan porque sí y a ciegas.

Casi siempre que averiguamos el destino y distribución de inmensas fortunas y el reparto de herencias pingües, oímos alzarse mil voces para censurarlo, con razones de justicia y de sentido común.

No pasa esto con las dádivas del conde de Cerragería.

Tiene el dar oportuno, y la iniciativa que acaba de ejercitar en León es de las que debieran servir de modelo y encontrar imitadores.

Yo no he visto la cancela, y me prometo verla en cuanto me sea posible; porque la catedral de León es como damisela pintada en miniatura en las páginas de un misal antiguo, de largo corselete, de brial recamado de oro, y sosteniendo en la mano el lirio divino de una Virgen blanca, y me atrae insensiblemente, y he seguido las vicisitudes de su restauración, y visto chispear de nuevo el collar de pedrería de sus vidrieras, y esto lo hice cuando había malos hospedajes, con más razón ahora que los hay buenos, y se puede pasar allí un día y varios sin detrimento de esto que llaman el *confort*, y que demasíadamente nos tiraniza.

Pero si no he disfrutado aún de la cancela, conozco las fotografías, suficientes para poder afirmar que es una hermosa obra de arte, de puro estilo renaciente, lo más elegante que cabe soñar.

Claro es que un inteligente como el conde de Cerragería no iba a regalar objeto que no perteneciese a alguno de los más bellos y ricos estilos españoles, ateniéndose a él con esa fidelidad que es una genuflexión ante el altar de nuestro pasado.

¡Oh tradición, tradición sagrada, has de volver a ser numen protector de las generaciones!

* *

Entre las tendencias fatales a Francia contaban sus impugnadores el desdén hacia la tradición, y hay que leer ahora las invocaciones, los himnos que a la tradición entona la prensa francesa, con motivo de la pérdida de la catedral de Reims.

Es más: hasta pretenden que la saña de los alemanes contra la encantadora Basílica, tuvo su origen en la idea de aniquilar la tradición de Francia, al mutilar aquellos pórticos y aquellas arquerías que hablan de cómo se formó la nacionalidad de los francos, cómo se sostuvo cuando la invasión inglesa con Juana de Arco, y se consolidó por la consagración de los Reyes, que creó la unidad de la patria.

La tradición es el escudo más recio contra el enemigo; la tradición hay que conservarla como la sangre de las venas.

Las heridas hondas descubren lo profundo de los tejidos, y en lo espiritual se llega al fondo de las convicciones y de los sentimientos.

Francia hoy se reconoce a sí misma, se ve con su verdadero semblante.

Los obispos (y hacen bien), plantan con sus manos en las tumbas de los soldados muertos banderas tricolores; y los radicales lloran por la catedral de Reims, la catedral de la Santa Ampolla...

Esto tiene de bueno, al menos, la espantable lid,

que amenaza dejar a mucha parte de Europa sin hombres válidos, sin gente moza y en edad viril, para el incremento de la raza.

No quiero insistir en este tema, en lo que nos amenaza si continúa el estado de guerra dos o tres años, como muchos temen.

España se despoblará, suponen, porque faltarán en naciones contiguas brazos para la labor del campo y para la industria, y pagarán a alto precio a los trabajadores españoles.

Nuestra emigración, que estaba orientada a América, se orientará hacia la nación vecina.

Quedará baldío nuestro suelo.

Así lo anuncian los augures.

Lo cierto es que no se sabe lo que puede ocurrir cuando la tragedia llegue al quinto acto.

Ni aquí, ni en parte alguna.

* *

Volviendo a más consoladores aspectos de la vida, diré que la verja o cancela que va a adornar la catedral de León tendrá detrás tres grandes lunas, una fija en el medio punto del arco, que antes cerraba fea puerta de madera, y otras dos corredizas a cada lado del coro en su interior, con lo cual, los fieles, en ocasiones solemnes como por ejemplo, ahora, que se celebran las solemnes fiestas de Nuestra Señora del Camino, declarada patrona de la región leonesa, pueden esparcirse por toda la longitud de la nave central; y a diario, cerradas verja y lunas, siempre se sigue viendo y gozando la contemplación y perspectiva de la nave y el ábside.

El donante ha puesto en su dádiva el amor y el cuidado que algunos ponen en la casa propia, donde se estudia la manera de crearse un interior lleno de belleza y combinado artísticamente.

La verja ostenta una leyenda expresiva, tomada del Salmo 23:

«*Attollite portas, principes, vestras, et elevamini portae aeternales; et ingredietur Rex gloriae.*»

El versículo, en castellano, significa:

«Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, oh puertas eternas; y entrará el Rey de la gloria...»

Y si el donante hiciese hoy, como se hacía antaño, pintar un retrato suyo de rodillas, ofreciendo a «la Blanca» la magnífica verja, pudiera llevar el exvoto esta divisa:

«*Domine, dilexi decorem domus tuae, et locum habitationis gloriae tuae.*»

* *

Ya que tuve palabras severas para el hecho de que haya niños en León que se ejerciten en apedrear las vidrieras, las tendré de alabanza y entusiasmo para quien contribuye espléndidamente al engrandecimiento de nuestro tesoro de arte.

Por desgracia, más frecuentes son las ocasiones de lo primero que de lo segundo.

Es triste, pero bien cierto, y en ello insisto sin descanso: un viaje por España equivale a recorrer las estaciones del Calvario de la belleza arquitectónica y artística en general.

Todos, todos pusieron las manos en la destrucción de nuestra gloria.

Nobles sin conciencia de su deber como tales; eclesiásticos desenfrenados; Gobiernos cínicos e indiferentes; extranjeros rapaces; anticuarios ávidos, de largas uñas; por todas partes la ignorancia, la barbarie atilesca; cuadros del Greco vendidos para comprar un órgano; tapices que desaparecen, o que son remiendos que denotan sacrílegas mutilaciones; retablos antiguos reemplazados por otros de purpurina, con santos de cara tonta y ropaje de colores blandos; la prisión de Quevedo demolido y convertida en no sé qué aljibe...: eso es lo que salta a los ojos al pronto, sin tiempo a que examen más detenido descubra otras enormidades.

Y por eso, cuando oigo decir que Francia está muy mal, me acuerdo de la solicitud con que allí se recogen y conservan las reliquias del ayer, guardándolo y clasificándolo todo, hasta con exageración pueril, y concediendo los honores del Museo hasta a los botones de las chupas y a los viejos mitones y guantes, y porfío en que siempre, siempre estamos peor nosotros, porque, como los compañeros de Ulises, dijérase que hemos comido los frutos del loto o nepentes, y a quien los come, la maga máléfica convierte en irracionales...

El día en que tuviésemos conciencia del ayer, tendríamos seguro el mañana.

¡Pero cuánto, cuánto hay que aprender para recordar!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



HISTORIA ROMÁNTICA

POR LUIS CAPDEVILA

dibujo de Opisso

Quando los violines suspiraban las dolientes notas del Nocturno XV de Chopín; cuando el violoncelo rimaba gravemente, con su voz casi humana, el compás, Luciano Valdés se levantó, cogió su abrigo y salió. En el vestíbulo, calzándose los guantes, le despidieron la música de Chopín y la música de copas y cucharillas.

Cruzó el bulevar, solitario a aquellas horas, guardado por las dos ringleras de arcos voltaicos, que fingían en la noche, de una diafanidad de maravilla, rosadas lunas de paisaje chinesco.

Luciano internóse en el dédalo misterioso de las callejuelas del casco antiguo. De cuando en vez un farol pintaba en las aceras un charco lívido. De un interior iluminado salían voces, canciones canallas y rasgueos de guitarras.

— ¡Una juerga!, pensó el poeta y sonrió con lástima. Vino. Señoritos chulos. Una copla *cañí* que habla de penas, de celos, de puñalaitas, de cárceles... ¡Bah!.. ¡Pobres!

En una esquina platicaban dos guardias. Sus voces sonaban enrarecidas en el silencio.

Desde el fondo de las calles estrechas y ahogadas, tenebrosas, donde el misterio parecía danzar su zarabanda, el cielo era más azul, más lírico, y las estrellas fingían un sidéreo polvillo de plata.

Los balcones cerrados, sin luz, con un leve resplandor de luna en los cristales, inquietaban de una manera casi dolorosa. ¿Qué pasará en esos interiores vulgares, donde nunca pasa nada, donde siempre el reloj canta las mismas horas?

¡Bah!, la vida no es una novela, dijo el poeta de Daudet. Luciano Valdés sabía bien que tras aquellos cristales, donde ahora la luna ponía un taciturno beso plateado, unos hombres y unas mujeres viven una vida puramente animal, recta, monótona, sin grandes tristezas, pero sin grandes alegrías también.

El poeta amaba estas románticas paseatas por las románticas callejas de la ciudad vieja donde florecían el misterio y la aventura. En una plazoleta una fuente del Renacimiento, que guardaban cuatro acacias de bola, parecía rezar el romance de las muertas épocas de amor y de guerra: una reja florida de jazmines, una dama, un galán, soldado de los tercios, unas espadas que fulgen como sierpes a la luz de la luna, los faroles de la ronda, un Cristo de los de hornacina, un hombre muerto, un galán fugitivo y una damisela, loca de terror, agarrada a los hie-

ros de la reja.

En otra plazoleta otras acacias, otra fuente y un palacio, un viejo palacio del *cinquecento*, hoy convertido en museo. Bajo un Cristo que alumbraba la piedad de los vecinos, rezaba una leyenda en azulejos la trágica efeméride. Allí, en aquella plaza, cuando Felipe IV regía los destinos de España, fué decapitado un famoso bandido, caballeresco y don Juan. A su muerte muchos ojos de mujer lloraron amargamente, que era garribo el capitán y sabía de dulcísimas mentiras de amor...

En las tardes doradas y azules de estío unas niñas cantaban el romance de su vida. Y en las noches, cuentan unas viejas que la sombra gallarda y donjuanesca del bandolero pasea, muy embozado en su capa roja, por la plazoleta. En la sombra sus ojos, de cuencas vacías, tienen un rebrillar lívido y fantasmal, y sus espuelas de oro cantarinean triunfales como en los años pasados...

Peró ¡bah!, todo esto no es más que la hechiceresca fantasmagoría de un rayo de luna.

Luciano Valdés gusta extraordinariamente de estas emociones literarias que le *preparan*, que son para él un a manera de *deporte*.

Aquella noche su paseo romántico fué más breve que el de otras noches. Estaba nervioso e inquieto. Sus nervios restallaban a cada momento. Volvía la cabeza creyendo oír tras él las pisadas de alguien que le seguía en la sombra.

Creía ver, *veía*, en el fondo de algunos portales desiertos, bajo las arcadas, unas pupilas rojas, infernales, que le acechaban, que esperaban del absurdo paseante cualquier descuido...

La noche tenía una diafanidad de maravilla. En el cielo, muy azul, de un azul grave de viejo tapiz, la luna era una hoz afilada presta a degollarle.

Le abrazaron llorando

Luciano Valdés sintió un estremecimiento helado en su espina dorsal: miedo, un miedo infantil, pero tremendo, horrible, que le hacía correr por las callejuelas desesperadamente.

Quando llegó a su casa, sin poder leer ni escribir, se acostó escondiendo la cabeza bajo las sábanas. Abajo, en la calle, silbaba el viento marcino y aullaba un can.

* * *

Luciano Valdés estaba enfermo de literatura. Una enfermedad terrible no clasificada aún en medicina. Llegó a la ciudad con unos duros en el bolsillo y dos o tres comedias gloriosas, creyó él, en el fondo del baúl. Venía de la montaña. Un villorrio allá en los montes de Asturias, donde trascurrió su adolescencia al lado de una novia dulce y amada como la Esposa del Cantar.

Una noche, Luciano, que sentía irresistibles deseos de huir, de triunfar, de vivir intensamente la vida cruel y lacerante de la ciudad, se hundió en un vagón misérrimo y voló hacia nuevas tierras y nuevos hombres. Era la noche de San Juan. Se encendían hogueras como enormes rosas de sangre. Y los mozos cantaban coplas de amor y bienandanza. En el cielo la luna era una góndola de plata...

Luciano Valdés se hundió en la vorágine ciudadana. Publicó una novela y la crítica coronó al poeta con el laurel del triunfo. Estrenó sus comedias.

Opisso

Tuvo editores, mujeres, dinero. Fué el poeta de moda. Y se lo disputaron revistas, amigos y mujeres. Pero Luciano no era feliz. La literatura había envenenado su vida. Vivía velozmente, angustiadamente. Su sonrisa, en la palidez de su rostro de elegido, fué una mueca amarga y asesina. Se aburría. Se aburría siempre, con sus amigos, con sus mujeres. Y mató su *spleen* con los funestos paraísos artificiales. Supo del opio, del éter, de la cocaína, del haschiss, de la morfina.

Su vida era una divina rosa de luz, lanzada por la mano velluda del Destino a merced del viento. Giraba loca, deshecha, en una zarabanda loquesca y fatal.

Sufría de alucinaciones, su corazón latía sin ritmo alguno, ahogándose; sentía un doloroso y sempiterno martilleo en las sienes.

Se habría suicidado si aquella carta, de sus padres, no llega a tiempo. Le llamaban a su lado. Vivían ahora en la ciudad. Su padre, casi ciego, no quería morir teniéndole tan lejos. Primita Luz vivía con ellos. ¿No vendría Luciano al rincón de provincia, aunque fuesen pocos los días de que pudiese disponer? Le añoraban todos. Le esperaban todos. El recuerdo del hijo ausente les llenaba de pena...

* *

Luciano Valdés, tendido en la alfombra, fumando aromados cigarrillos del khedive, en un ángulo lleno de oro de sol, sueña. Sueña con su vida pasada, con el lejano rincón de égloga de la provincia lejana.

Una plaza anillada de soportales con unas viejas, unos clérigos y los carteles anunciadores de una función de ferias.

Una alameda, con rústicos parterres y bancos desvencijados, con unas fuentes, las graciosamente pensativas agujas de unos cipreses, un eucalipto de oro y de púrpura... En estío una banda militar, la de la guarnición, toca valeses y polkas, y pasean los románticos galanes de la vieja ciudad y las gentiles forasteras.

En invierno, las hojas doradas se pudren en el fango de las lluvias, y los árboles alzan al cielo nuboso sus ramas desnudas en un gesto de inmensa desolación.

Una iglesia con atrio y torre de las de reloj que en las noches es un ojo empañado y lacrimoso. Y una ermita allá en el monte, donde una Virgen mecía a Jesús Niño, solitaria en su altar humilde ante una lámpara de aceite...

Una vez al año, de la ciudad acudían las gentes en carros y caballos - no se sabía nada en la provincia de diabloscos automóviles - a rezar a la Virgen.

Se salía de madrugada y retornábase anochecho.

Un poco difícil, el retorno, bajo la luna y las estrellas, con el vino traidor que encendía los ojos y con las voces roncadas de gritar, de cantar.

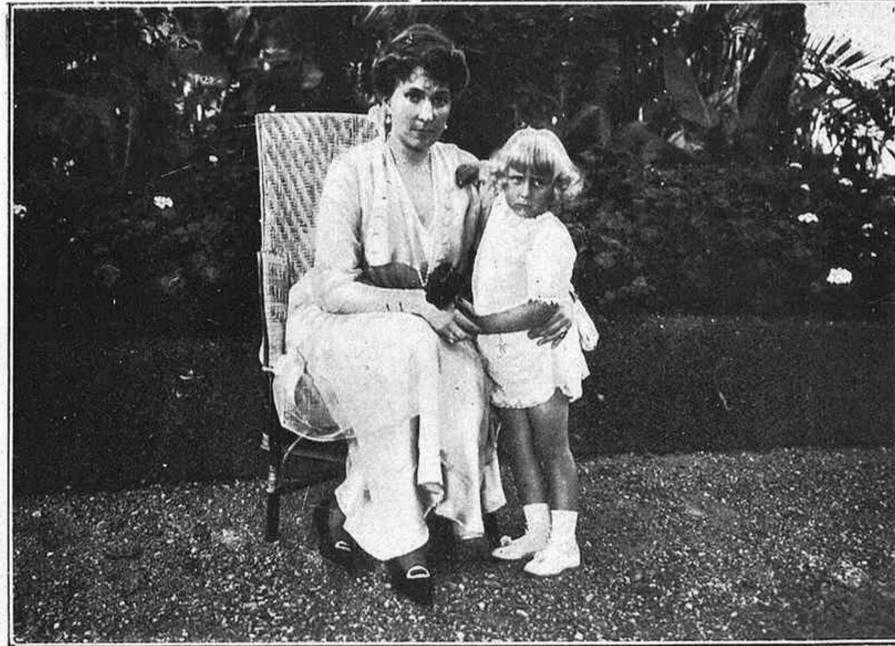
Sollozaba una gaita y una voz recia cantaba:

Moza de boca bermeja
y de los ojos melgueros...

Y unos cohetes ascendían raudos en un infinito anhelo imposible.

Luciano, jovenzuelo, con el romanticismo de la vida y de la ciudad arcaica, adaptábase fácilmente a la media luz - un gris rosado - de esta pequeña dicha que domeñó su alma enferma y loca.

Pequeña dicha de pasear por los campos en compañía de un buen libro, de tumbarse en la hierba, los ojos cerrados, cegados por la metálica lámina azul del cielo donde navegaban como esquifes de



San Sebastián. La familia Real en la intimidad

S. M. la Reina D.ª Victoria Eugenia con la infantita D.ª Cristina en los jardines de la regia residencia de Miramar. (De fotografía de L. R. Marín.)

ensueño unas nubecillas blancas; de ir todas las tardes a un café de la plaza donde un pianista miope y melancólico toca cuplés y cancionetas alegres con una infinita y extraña tristeza; de tener una novia para casarse y ser hombre formal, y otra novia para hurtarla besos y risas y decirle versos y querer huir con ella muy lejos, muy lejos...

¡Romántica y amada primita Luz, que tenía unos

En el andén, los casi primitivos habitantes del vetusto poblachón se extrañaron de su *pardessus* de seda cruda, de sus botines blancos, de todo su aire elegante y desmayado, y se extrañaron de que pidiese coche.

Una tartana, desvencijada y horrible, le llevó a casa de sus padres.

Le abrazaron llorando: ¡amado Luciano, al que creían perdido para siempre!

* *

Luciano cambió su vida por completo.

No leía, no trabajaba.

Corría bajo el sol y amaba el acre olor de la tierra, el olor fuerte y sano, a leña, a hierba húmeda, a sol y a luna.

Comía de una manera frugal y austera.

Dormía mucho.

¡Eran tan amables las mañanas en su alcoba blanca de cal, en el lecho altísimo y solemne como un altar, bajo la protección de una Virgen montañesa que tenía unos ojos azules y unas manos que parecían de marfil!

En un rincón de la sala unos haces de hierbas milagreras perfumabanlo todo.

Luciano, medio dormido, veía hundirse hasta sus ojos el techo de enormes vigas negras.

Un rayo de sol entraba por el balcón y era una dorada escala donde los átomos danzaban.

Después de comer, Luciano paseaba hasta la hora del crepúsculo.

Y cuando ya la noche florecía en luceros, acompañaba a primita Luz al templo.

Primita Luz, como la Virgen de su alcoba, tenía unos bellos ojos azules, unas manos marfileñas y pulidas.

¡Las manos de Luz acaso arrancaran las espinas de su frente pálida de torturado!

Luz era esa novia dulce que hace de la vida sonrisas y canciones, que ama la penumbra y el silencio, y sabe ser enteramente feliz...

Luciano, tan enfermo, se enamoró de ella como un pobre colegial.

Luz era para él el reposo, el hogar luminoso y noble, la pantalla familiar, el hijo...

* *

Y una mañana de abril, cuando florecían rosas y claveles en todos los jardines y las campanas cantaban locas la resurrección de Jesús y había un enorme estruendo de morteretes y de voces jubilosas, y todo era vida y contento en la naturaleza y en los hombres, Luciano se casó.

Su vida ahora, unida a otra vida toda resplandor de alma, toda blancura de alas blancas, era una rosa

de fuego en el lírico azul de la mañana gloriosa.



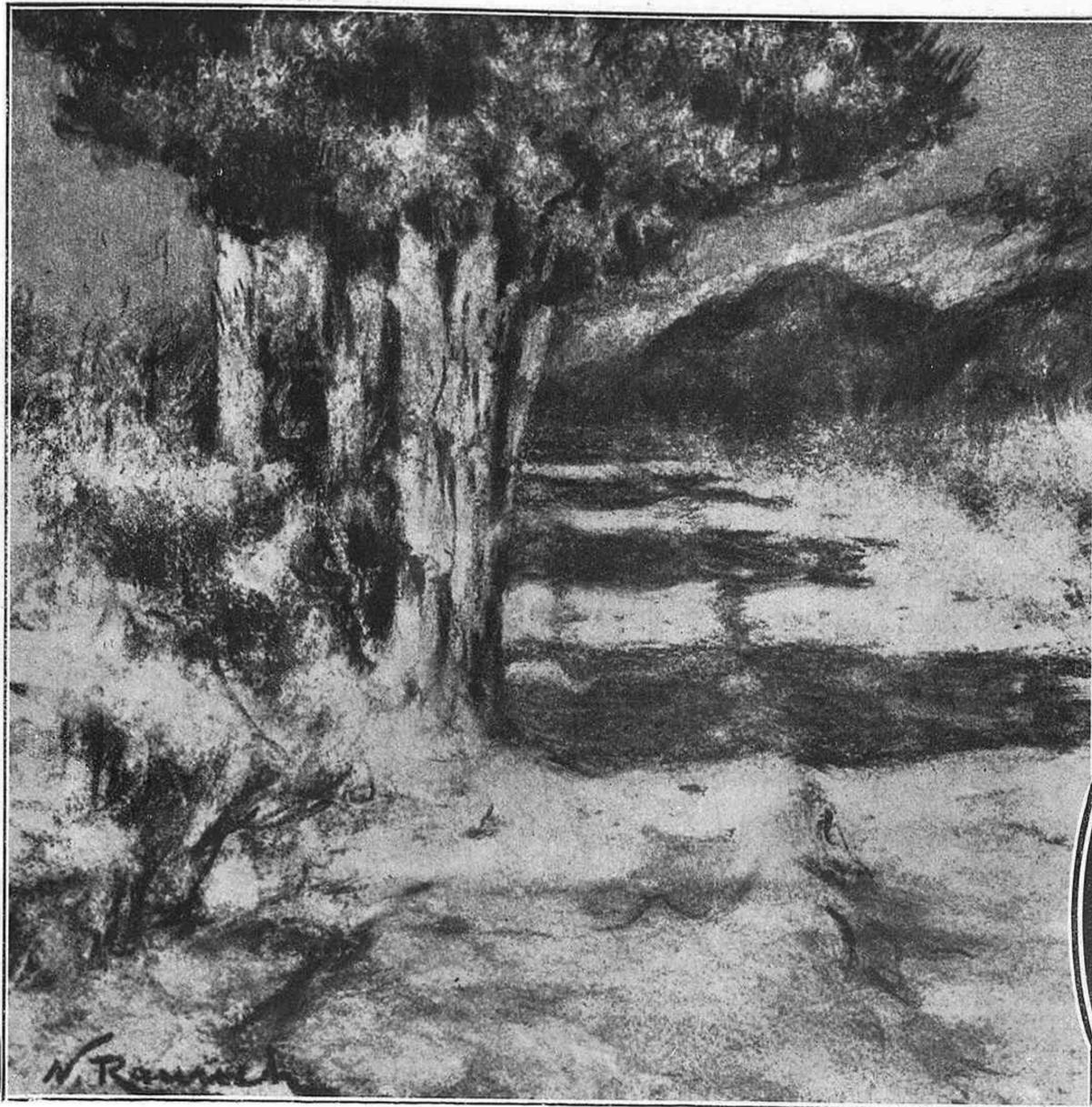
San Sebastián. La familia Real en la intimidad. - S. M. la Reina madre D.ª María Cristina rodeada de sus nietos los seis hijos de los Reyes D. Alfonso y D.ª Victoria, infantes D. Alfonso, D. Jaime, D.ª Beatriz, D.ª María Cristina, don Juan y D. Alvaro. (De fotografía de L. R. Marín.)

ojos tristes y negros donde el paisaje se retrataba, y que derramaba dulces lágrimas emocionada con los versos y con la música!

* *

Pasado el Carnaval, estúpido y aburrido como todas las fiestas con alegría a precio fijo, exhausto y dolorido, Luciano llegó una mañana, sin avisar, al oscuro rincón provinciano que en una noche de San Juan había abandonado.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



Riera de Gavá, dibujo al carbón

do del arte. Raurich siente de un modo personal e intensísimo la naturaleza; ante los espectáculos que ésta ofrece a su contemplación, su alma se eleva a las más altas regiones y todas las fibras de su corazón agitanse heridas por la más pura emoción estética. Y sintiéndola de este modo, la ama con amor de poeta, la estudia y admira en todas sus fases; sabe desentrañar sus secretos más recónditos, y sabe, sobre todo, presentarla a los ojos de los demás con todas las magnificencias con que la han visto sus propios ojos, pero también con toda la verdad y con toda la sinceridad con que la ha sentido.

No se preocupa Raurich del efecto que ha de obtener con sus cuadros; no pinta con la vista fija en el público que ha de ver su obra, sino puesta la atención en los medios de que ha de valerse para expresar tal como él las siente y como quiere que las sientan los demás las emociones por él experimentadas. Por esto, aunque las más de las veces, su pintura genial se impone a todos, en algunas ocasiones sus obras resultan incomprendidas por los espíritus superficiales que no quieren ahondar en las creaciones artísticas, recreándose ante el lienzo vistoso, de fácil comprensión, que habla a los sentidos solamente.

Este genio de Raurich se nos manifiesta en toda su obra que abarca los más diversos aspectos, desde las deslumbrantes luminosidades y los brillantes colores del paisaje lleno de galas naturales o de nuestro incomparable



NICOLÁS RAURICH Y SU OBRA

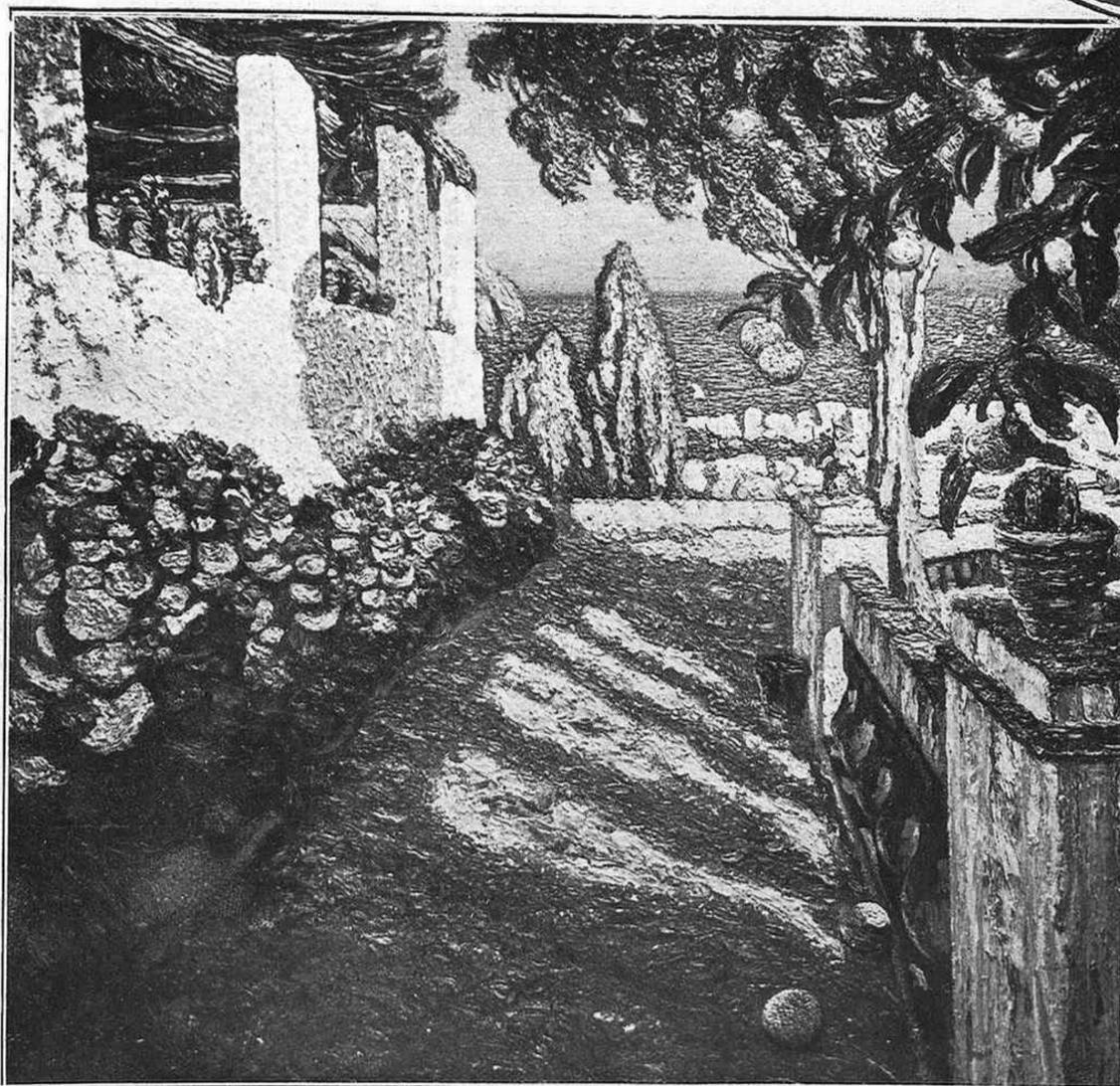
Dedicado en sus mocedades al comercio, Nicolás Raurich no tardó en abandonar aquella profesión, impulsado por una fuerza irresistible que lo llevó al cultivo del arte.

Sus primeras obras, reveladoras ya de un temperamento artístico que, andando el tiempo, había de vigorizarse hasta el punto de constituir una de las más altas personalidades pictóricas de nuestra patria, aparecían, sin embargo, influidas por el romanticismo en aquel entonces imperante en pintura, inspiradas en paisajes melancólicos, sombríos, y ejecutadas en tonalidades adecuadas al espíritu que las informaba. De aquella época datan, entre otros, sus cuadros *Pantanos de Nemi*, premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1897, *Estanques del Pirineo* y *Lago de Ninfa*.

Muy pronto, empero, se emancipó de aquellas influencias, y sin rendirse a los halagos de los primeros triunfos alcanzados, lanzóse con todo el ardor de su juventud por nuevos derroteros, en busca de más altos ideales que algún día pudieran saciar su inextinguible amor a la verdad y a la belleza. Y en este nuevo camino, Raurich, como ha dicho un crítico notable, «vive, palpita agitadamente, pone en uso todas las técnicas, acumula la pasta para lograr los efectos propuestos, lucha con la materia tenaz y duramente, resuelve los problemas de luz, se infiltra hasta las profundidades esenciales de las cosas, y esta lucha la sostiene día tras día, siempre nueva ante la novedad del espectáculo, siempre joven al lado de la nueva emoción recibida».

Como resultado de estos esfuerzos y de estas luchas, puede hoy Raurich vanagloriarse de ser uno de los pocos artistas que han conseguido resolver de una manera definitiva el problema de la luz, sin tener que recurrir para ello a recursos efectistas y arti-

ciosos, cosa tanto más meritoria cuanto que su técnica carece de esa facilidad que a otros muchos maestros les ha valido, en no poca parte la justa nombradía de que disfrutan en el mun-



Visión Mediterránea, cuadro presentado en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid

(De fotografías de F. Serra.)

El ilustre pintor Nicolás Raurich, a quien recientemente ha sido concedida la encomienda de la orden de Isabel la Católica.

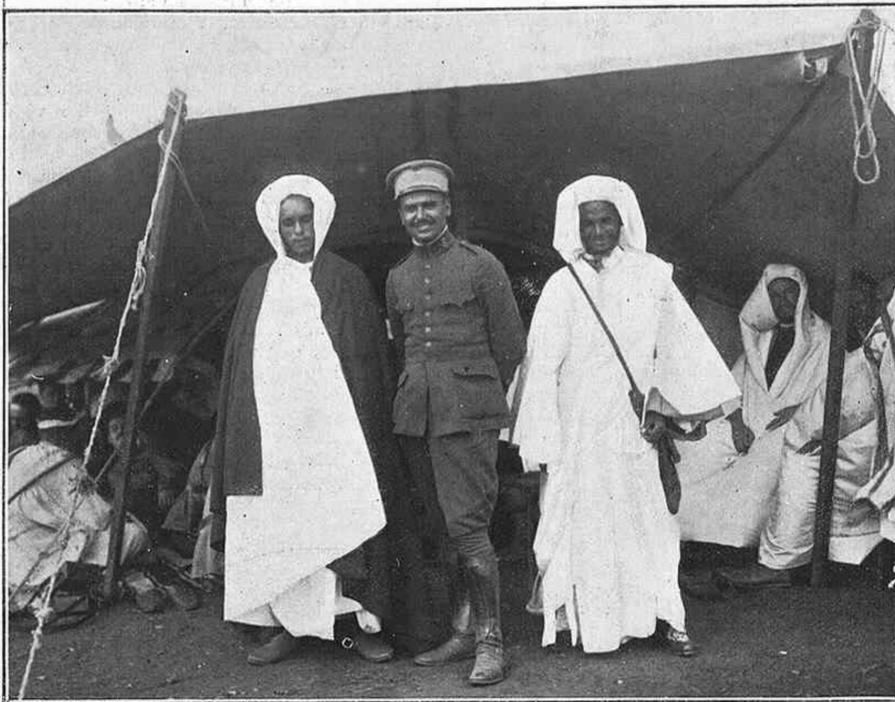
mar latino iluminado por el sol, hasta las arideces del monte rocoso apenas animado por una vegetación misérrima y los rincones de una aldea envueltos en las penumbras del ocaso o en las sombras de la noche.

La fama de que merecidamente goza Raurich en España, en cuyas exposiciones nacionales ha visto premiadas sus obras con honrosísimas recompensas, entre ellas una primera medalla, ha traspasado las fronteras de su patria: en París, en Niza, en Pau, en el Havre, en Viena, en Karlsruhe, en Londres, en Roma, en Venecia, en Atenas, en México, en Chicago y en otros muchos grandes centros del arte adonde ha llevado sus obras, éstas han sido admiradas por el público y recompensadas por los jurados internacionales.

La Sociedad de Artistas Griegos lo ha nombrado socio de honor y el gobierno español que ya le había nombrado caballero de la orden de Carlos III y concedido la encomienda de la de Alfonso XII, le ha otorgado recientemente la encomienda de la orden de Isabel la Católica como premio a los brillantes éxitos que obtuvo en la Exposición de Bellas Artes celebrada en el Instituto de Arte de la ciudad de Chicago el año 1913.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al felicitar al Sr. Raurich por esta nueva distinción, honra una vez más sus páginas reproduciendo dos de sus más celebradas obras.

MELILLA. — UNA BODA SIN PRECEDENTES EN LA CABILA DE BENI-BU-YAHI. (Fotografías de Lázaro.)



El capitán Redondo, jefe de la 5.^a m^a de Policía indígena; a su derecha el novio y a su izquierda el hermano de la novia. El capitán Redondo ayudó eficazmente a los preparativos de las fiestas de la boda para unir a las cabilas de Beni-Bu-Ifrur y Beni-Bu-Yahi que estaban en constante guerra. — Moros presentando los regalos de unas cabilas ricas

La boda de un hermano del prestigioso jefe de la cabila de Beni-Bu-Yahi, Uld-el-Mir, celebrada hace pocos días, sirvió de ocasión para que fraternizasen los individuos de dos poderosas cabilas, la mencionada y la de Beni-Bu-Ifrur, que por antiguas rencillas se profesaban

do dado su mayor contingente las cabilas de Beni-Bu-Yahi y de Beni-Bu-Ifrur; al frente de los individuos de esta última iba el capitán Barba. A darles la bienvenida acudieron el dueño de la casa y su hermano, el novio. El representante del Sultán, Bachir-Ben-Senah, fué de los

primeros en hacer acto de presencia en la casa de los contrayentes, siendo recibido con el ceremonial correspondiente a su elevada jerarquía; a poco de llegar, hizo entrega a los novios de un presente valioso que aquellos agradecieron mucho.

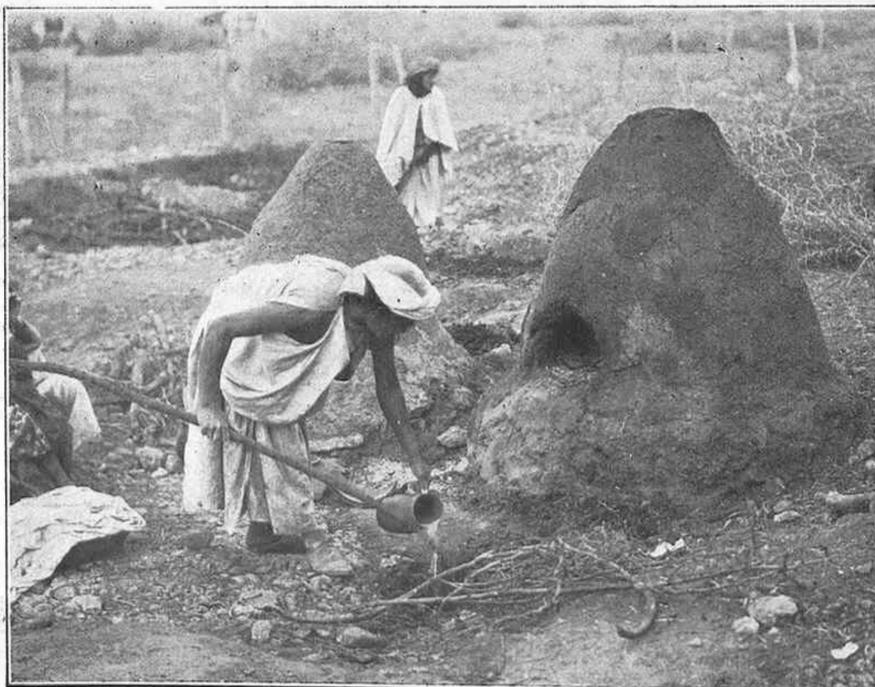
Asistieron asimismo a la boda el general Ardanaz, los tenientes coroneles Sres. Capablanca y Riquelme, los comandantes señores Sousa y Coronel, los capitanes Sres. Mundo, Aguirre y Lázaro, los capitanes de la segunda y cuarta m^{as}, y los señores D. Rafael Roda, D. Carlos Cremades y D. Carlos Izaguirre, en representación de la Compañía Española de Minas del Rif y de la Sociedad Española de colonización. La presencia de los invitados europeos fué acogida con las mayores muestras de satisfacción por los cabileños allí congregados. Uld-el-Mir se adelantó a darles la bienvenida, mostrándose muy reconocido por el honor que le dispensaban.

Poco antes de mediodía sirvióse la comida en el portal de la casa de Uld-el-Mir; en la gran explanada que circunda la vivienda de éste comieron los moros, ofreciendo aquel sitio un cuadro animadísimo y en extremo pintoresco.



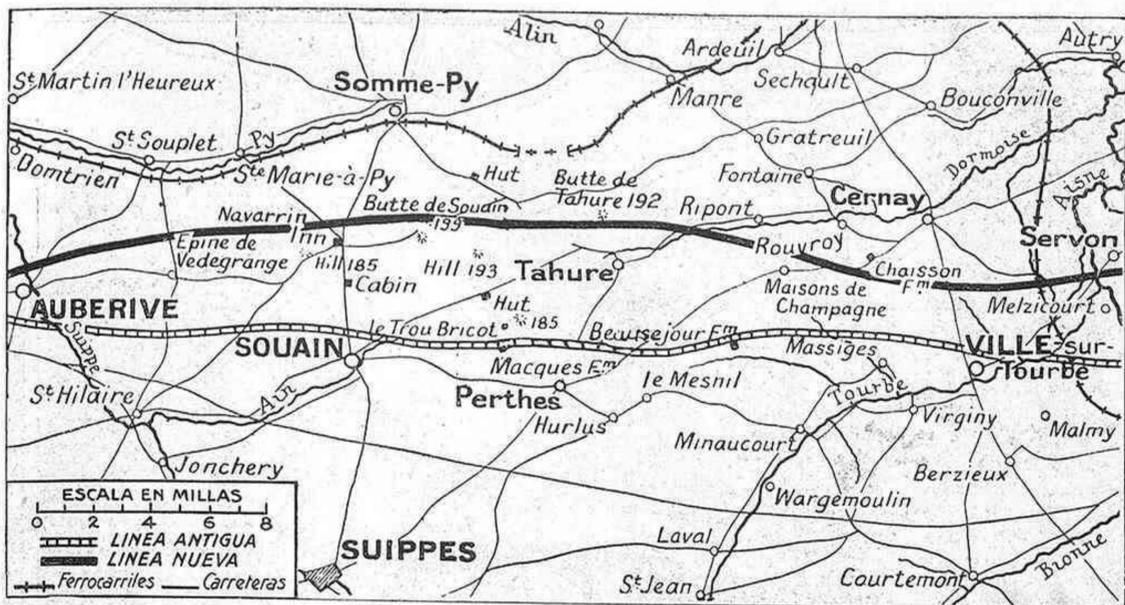
Los jefes de la cabila de Beni-Bu-Ifrur, a cuyo frente iba el capitán Barba, a su llegada a casa de Uld-el-Mir, hermano del novio

Cuando los invitados europeos abandonaron la mesa para regresar a Melilla, hicieron entrega a los novios de valiosos regalos.



Mora preparando los panes para la comida de los invitados cristianos y moros. — Distribución de comidas a los moros

LA GUERRA EUROPEA



Mapa en el que puede apreciarse el avance realizado por las tropas francesas en la Champaña a consecuencia de las grandes operaciones ofensivas emprendidas en los últimos días de septiembre. Una milla inglesa equivale a 1609 metros

Teatro de la guerra de Occidente. — Después de la vigorosa ofensiva emprendida por los aliados en la última semana de septiembre en que nos ocupamos en la crónica anterior y que dió por resultado los avances de ingleses y franceses señalados en los planos que adjuntos reproducimos, ha reinado relativa calma en este teatro de la guerra. Las principales operaciones allí efectuadas durante la última semana han sido las siguientes, según se desprende de los partes oficiales de Londres, París y Berlín.

Los ingleses han rechazado varios contraataques al Noroeste de Hulluch, habiéndose sostenido en todas sus posiciones, salvo en la extrema izquierda, en donde han perdido unos 100 metros de trincheras; han rechazado otros ataques contra sus trincheras situadas entre las canteras y la carretera de Hulluch a Vermelles; han seguido avanzando al Sur de Loos; han recuperado dos trincheras perdidas algunos días antes; y se han visto obligados a evacuar la mayor parte del reducto de Hohenzollern.

Los franceses, en la región de Arrás, han continuado progresando al Este y al Sur de Souchez, habiendo ganado terreno hacia las alturas y ocupado la cota 50, punto culminante de las crestas de Vimy y Vergers; han progresado asimismo al Este y Sudeste de Neuville y en la parte Sur del bosque de Givenchy, rechazando los ataques emprendidos por los alemanes para recuperar algunas posiciones entre este bosque y Souchez, ataques que resultaron infructuosos en todos los puntos excepto en la encrucijada de los Cuatro Caminos, que aquéllos ocuparon; y han progresado también en los altos de Folie. En la Champaña, han realizado nuevos progresos en la cota 185, al Oeste de Navarin y al Norte de Massiges; han tomado en varios puntos trincheras de la segunda línea enemiga al Oeste de la loma de Tahure y al Oeste de la alquería

de Massiges; han ganado terreno al Norte de Mesnil y más al Este entre la cota 119 y la carretera de Ville-sur-Tourbe a Cernay y han rechazado ataques contra aquella cota y en la región de Massiges y contra las posiciones situadas al Norte de Mesnil. En el Argona, han obligado a los alemanes a abandonar todos los puntos de las trincheras francesas de primera línea de Fille-Morte en que habían penetrado. En la Lorena y en los Vosgos han rechazado varios ataques.

En otros puntos del frente ha habido, como siempre, combates de artillería, bombardeos, lucha de minas, etc.; y en Bélgica, la artillería gruesa francesa ha cooperado al bombardeo de las baterías alemanas de Westende efectuado por una escuadra inglesa.

Los alemanes afirman que los aliados continúan su intento de romper sus líneas, pero sin resultado, y respecto de las operaciones parciales dicen que han rechazado en Loos varios ataques y contraataques ingleses habiendo recuperado allí parte del terreno perdido que en vano trataron luego de reconquistar los ingleses. En la región de Arrás han rechazado violentos ataques franceses en Souchez, Neuville, Arrás y Langres, consiguiendo, no obstante, el enemigo penetrar en dos pequeñas posiciones situadas al Sur del primero de los pueblos citados y establecerse en un pequeño elemento de trinchera sobre la altura al Noroeste de Givenchy; han rechazado ataques al Sur de esta altura; y han recuperado un elemento de trinchera de 40 metros al Noroeste de Neuville. En la Champaña han fracasado todos los intentos de avance de los franceses, habiendo sido rechazados los ataques entre la carretera del Somme a Souain y el ferrocarril de Challengerange a Sainte-Menehould, así como los intentados en el frente Norte de Massiges (en donde confiesan haber perdido la cota 119), al Este de Auberive, al Norte de Mesnil (en donde expulsaron al enemigo de una trinchera avanzada) y al Noroeste de Ville-sur-Tourbe. En el Argona, han mejorado sus posiciones de Fille-Morte habiendo fracasado los intentos de los franceses para recuperar las que allí perdieron.

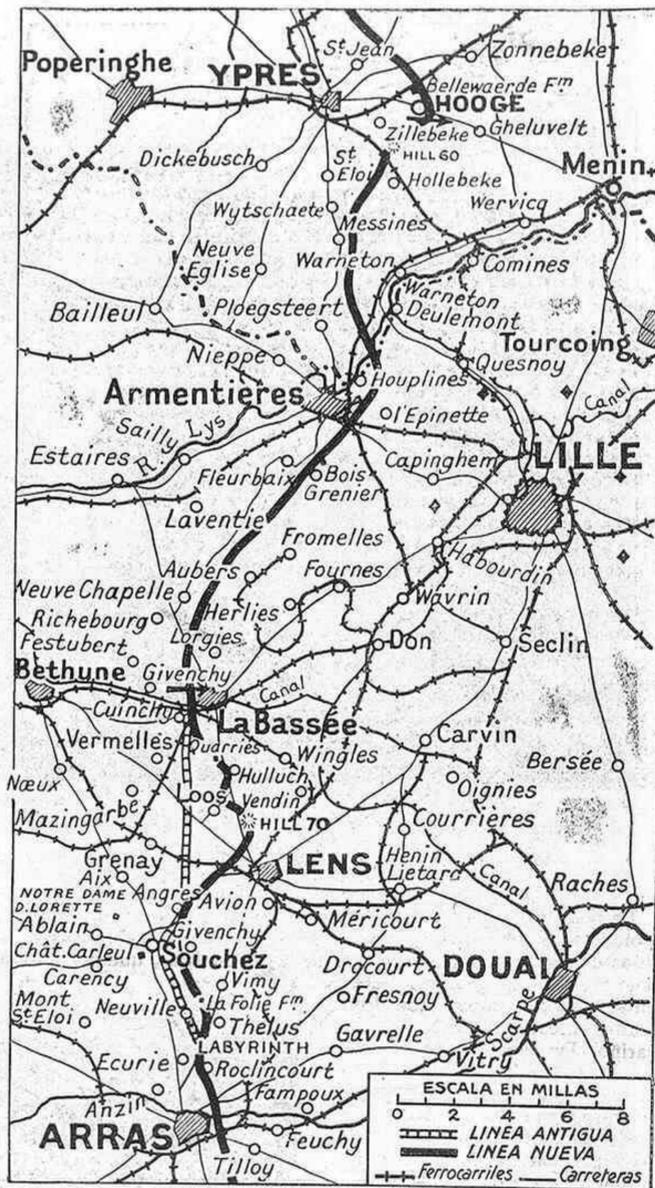
La artillería alemana de la costa belga ha alcanzado a un monitor inglés que junto con otros cuatro bombardeaba Zeebrugge y que hubo de retirarse con graves averías.

Teatro de la guerra de Oriente. — También la ofensiva alemana ha disminuído en intensidad en este teatro de la guerra, en donde los rusos, en cambio, han aumentado la suya, especialmente en el extremo Norte y en el centro de aquel extenso frente de batalla.

Las noticias oficiales de Petrogrado dicen que los rusos han rechazado ataques en Friedrichstadt, cerca de Dvinsk (Dunaburgo), y en las regiones de Novo Alexandrov y de Drisviaty; al Oeste de Vileika, en la zona del ferrocarril de este último punto y Polotzk, al Sur de Smorgon y en la región de Novoselko; han ocupado varias aldeas al Este del lago Sventen, en la región del lago Vischnewskoie; al Norte de Vileika, en el Servetsch inferior y en otros puntos de aquella zona septentrional; han obligado a los alemanes a evacuar la orilla derecha del Niemen al Nordeste de Novogrudok y a los austriacos a repasar el Schara al Oeste de Baranovitchi; han obtenido algunos éxitos en la región del Styr; han rechazado violentos ataques en Novo Alexinez y han tomado algunas trincheras al Oeste de Tarnopol. En cambio, confiesan que han tenido que retroceder ligeramente al Norte del Gorin y al Sur del Pripet, que han perdido nuevamente la plaza de Lutsk, y que los alemanes han tomado algunas trincheras al Sudoeste del citado lago Sventen.

Despachos oficiosos procedentes de la capital de Rusia afirman que la situación general de los rusos es muy favorable y que la ofensiva alemana ha sido contenida desde Riga hasta los pantanos de la región de Pinsk.

Los alemanes dicen que han rechazado al enemigo al Sudeste de Lennewaden y al Sudeste de Dunaburgo, en donde han hecho progresos y tomado una posición haciendo retroceder a los rusos en la región de los lagos que se extiende al Este de Braslew; que han rechazado a los rusos sobre la línea del lago Narotsch, en la región de Vilna, y penetrado en las posiciones que aquéllos ocupaban al Norte de Wischnew; que al Oeste de Vileika han destruido con su artillería unas columnas rusas; que han avanzado entre Smorgon y Wischnew; que han rechazado un ataque en todo el frente entre Smorgon y Postawy; que hacia Baranovitchi han rechazado todos los ataques y tomado las cabezas de puente al Este de aquella po-



Mapa en el que puede verse el avance realizado por los ingleses en la región del Norte de Arrás, entre La Bassée y el Laberinto, a consecuencia de las grandes operaciones ofensivas emprendidas en los últimos días de septiembre.

blación; que han desalojado a los rusos de los puntos fortificados de Volinia, especialmente de las posiciones de retaguardia situadas al Oeste del Putilowka superior; que han hecho retroceder a los rusos más allá de este último río y del Goryn, haciéndoles evacuar la orilla occidental de éste y tomándose el pueblo de Czernysz; que progresa su ofensiva en el valle del alto Styr; que han forzado el paso de este río al Norte de Lutsk, obligando a los rusos a retirarse al Norte de Dubno; y que han rechazado un ataque al Oeste de Tarnopol.

Austriacos e italianos. — Las operaciones en este teatro de la guerra continúan revistiendo poca importancia. Los italianos han rechazado algunos ataques en el Trentino, en Carnia y en el Isonzo, especialmente en el sector de Tolmino, en donde, además, han conseguido, a pesar de las grandes dificultades del terreno, conquistar fortísimos atrincheramientos; y aunque, a consecuencia de un violento contraataque hubieron de abandonar algunas de estas posiciones del ala izquierda, en el ala derecha pudieron conservar y fortificar el terreno conquistado.

Los austriacos se limitan a decir que han rechazado ataques contra varias de sus posiciones, especialmente las dirigidas contra la pendiente Sur de la montaña de Mirzle, contra la cabeza de puente de Tolmino y contra el sector Noroeste del monte de Doberdo, así como varios intentos de avance en la carretera de Sdrausina a San Martino, al Este de Redipuglia y en otros puntos.

En los Dardanelos. — Tampoco en los Dardanelos ha habido grandes operaciones. Las únicas noticias de relativo interés proceden de Constantinopla y dicen que los turcos han tomado algunas trincheras en Anafarta; han rechazado en este sitio algunos destacamentos de reconocimiento enemigos y han destruído con la artillería varias trincheras del ala izquierda del enemigo y por medio de minas otras del ala derecha.

En los Balcanes. — Los austriacos han reanudado sus operaciones contra Serbia, habiendo intentado, aunque inútilmente, cruzar el Drina y cañoneado los fuertes serbios situados en el frente del Sava cerca de la desembocadura del Kolubara.

Según despachos de Atenas, un ejército austroalemán de 300.000 hombres ha comenzado su avance por la frontera austroservia con dirección a Orsawa.

Rusia ha enviado a Bulgaria un ultimátum dando al gobierno un plazo de veinticuatro horas, que terminó a las cuatro de la tarde del día 4, para que salgan de aquel país los oficiales turcos y alemanes. Al propio tiempo las potencias de la Cuádruple Inteligencia han retirado las proposiciones que habían hecho a aquella nación.

Bulgaria ha contestado al ultimátum ruso, pero habiendo sido su respuesta considerada insuficiente, los ministros de Francia, Inglaterra, Italia y Rusia, así como el representante de Serbia en Bulgaria; han pedido sus pasaportes.

El ministerio griego presidido por el Sr. Venizelos ha presentado la dimisión que le ha sido admitida por el Rey.

Los aliados han resuelto auxiliar a Serbia y al efecto han comenzado a desembarcar tropas en Salónica; Grecia ha protestado, pero los aliados han encontrado toda clase de facilidades para el desembarco.



El general francés Marchand, que fué gravemente herido en uno de los combates de la reciente ofensiva francesa en la Champaña y que como recompensa a su valor ha sido promovido a la dignidad de gran oficial de la Legión de Honor. (De fotografía de M. Rol.)

de Navarin; al Sur de Ripont, han ampliado y completado la conquista de la primera posición enemiga, si bien los alemanes han logrado poner el pie en una posición que perdieron en aquel sitio; han progresado en las pendientes de la citada altura de Tahure y en las cercanías del pueblo así como en el



Llegada a Lyon de un tren de heridos franceses inválidos canjeados por otros alemanes. Los expedicionarios fueron recibidos por ilustres personalidades, entre ellas el general Meunier, gobernador de la 14.^a región; el Sr. Herriot, senador y alcalde de Lyon, y el Presidente de la Cámara de Diputados Sr. Deschanel, quien pronunció un elocuente y patriótico discurso



Los heridos inválidos al salir de la estación fueron conducidos en automóviles a los hospitales; a su paso fueron aclamados por el público y un regimiento de coraceros presentó las armas



Grupo de la «Jugendwehr» alemana esperando el ataque del grupo adversario



Revista de la «Jugendwehr» por oficiales del ejército

La «Jugendwehr» ejercitándose en la transmisión de órdenes

LA «JUGENDWEHR» ALEMANA

ESTA «RESERVA JUVENIL» SE COMPONE DE JÓVENES VOLUNTARIOS DE DIECISÉIS O MÁS AÑOS QUE SE PREPARAN PARA EL SERVICIO EN EL EJÉRCITO ACTIVO.

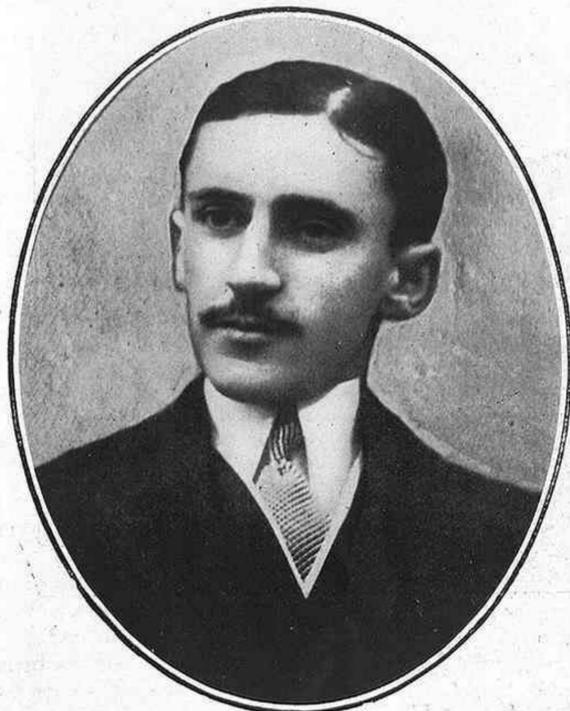


Llegada del campo de maniobras de una sección de la «Jugendwehr». (De fotografías de Hofer.)

JOSÉ M.^a USANDIZAGA

En plena juventud, pues sólo contaba 27 años, ha fallecido en San Sebastián este compositor ilustre cuya muerte constituye una pérdida inmensa para el arte musical español.

José M.^a Usandizaga nació en San Sebastián en donde comenzó sus estudios de piano con el maestro D. Germán Cendoya, quien lo presentó como alumno aventajadísimo en un concierto en el Palacio de Bellas Artes. Pensionado por la Di-



El ilustre compositor José M.^a Usandizaga, fallecido en San Sebastián el día 5 de los corrientes. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

putación de Guipúzcoa pasó a París ingresando en la famosa *Schola Cantorum* y recibiendo en ella la enseñanza de maestros tan insignes como D' Indy, Debussy, Dukas y Rabel.

En los concursos artísticos del Consistorio de Juegos Florales de Guipúzcoa presentó sus primeras composiciones para orfeón obteniendo los primeros laureles. Otros trabajos sinfónicos fueron interpretados en España y en el extranjero por las mejores orquestas, revelándose en ellos Usandizaga como compositor de altos vuelos, de vigorosa fibra y de competente ciencia musical.

En 1910 estrenó en San Sebastián su primera ópera *Mendiya* que obtuvo en aquella capital y en Bilbao un éxito enorme. Con esta obra afirmóse vigorosamente y con relieve propio la personalidad del joven maestro.

Cuatro años después, en 1914, obtuvo en Madrid uno de los éxitos más grandes que se registran en la historia del teatro

ro 1667 de esta ILUSTRACIÓN, expusimos el juicio entusiasta que a la crítica había merecido la personalidad artística de su eminente autor.

Usandizaga deja casi terminada una ópera en tres actos, *La llama*, letra del ilustre literato Sr. Martínez Sierra, y concluidas por completo varias composiciones orquestales.

El entierro del compositor insigne ha sido una grandiosa e imponente manifestación de duelo a la que se ha asociado todo el pueblo de San Sebastián. El féretro, sobre el cual había numerosas coronas, fué conducido en hombros por amigos del finado y las cintas que de él pendían eran llevadas por representantes de las principales entidades de la ciudad y de la Sociedad Musical de Madrid.

Presidían el duelo un representante de S. M. la Reina Doña María Cristina, los gobernadores civil y militar, el Ayuntamiento, la Diputación provincial, los obispos de Vitoria y de Ciudad Real, y la familia del difunto.

Al pasar el entierro por delante del Casino, el féretro quedó materialmente cubierto de flores y la orquesta interpretó varios números de *Las golondrinas*.

MADRID. - ESTRENO DE

«LA INVITACIÓN AL VALS»

La popular opereta del maestro Strauss *Ein Walzertraum*, de la que ya existía un arreglo en castellano con el título de *El ensueño de un vals*, ha sido una vez más adaptada a nuestra escena por los reputados literatos José Juan Cadenas y Asensio Mas.

Esta adaptación es en realidad una obra nueva, que tiene muy poco de común con las anteriores, gracias a la labor realizada por los autores mencionados.

De la música de la opereta nada hemos de decir porque es sobradamente conocida. El maestro Foglietti ha añadido a la partitura de Strauss un delicioso duettino que ha obtenido muchos aplausos.

La interpretación de la compañía de Eslava ha sido excelente: Dionisia Lahera, Lola Saavedra, Consuelo Mesejo y Angeles Villar, y los Sres. Peña, Parera y Lorente desempeñan sus papeles con gran acierto.

La invitación al vals ha sido puesta en escena con verdadera fastuosidad.

El reputado escenógrafo Sr. Garí ha pintado para la obra tres decoraciones que son modelo de elegancia y buen gusto.

CARLOS G. VIDIELLA

A la edad de 59 años ha fallecido este gran artista, tan admirado y tan querido en nuestra ciudad y que ha sido uno de los más ilustres y apasionados virtuosos del piano.

Nació en Arénys de Mar, y cuando contaba cuatro años, su familia se trasladó a Barcelona, en donde, ya desde muy niño, demostró excepcionales aptitudes para la música y recibió las primeras lecciones de un organista de la iglesia de Santa María. Siguió luego estudiando con otros maestros, hasta que, habiéndole oído el eminente profesor Juan B. Pujol, quiso éste encargarse de completar y perfeccionar su educación musical, habiendo sido desde entonces Vidiella su discípulo predilecto.

En 1878 pasó a París, poniéndose bajo la dirección del célebre Marmontel, y al regresar de allí, al cabo de un año, dió dos conciertos en los cuales alcanzó ruidosas ovaciones.

Su modestia excesiva y su espíritu apocado, que le hacían desconfiar de sí mismo cuando se trataba de presentarse ante

hubiese lanzado de lleno a la vida de concertista, que con tanto éxito había comenzado en algunas ciudades de Francia y Alemania y se hubiese dejado oír en las grandes capitales europeas y americanas, con lo que sin duda alguna su fama habría sido mundial. Pero Vidiella prefirió a esa vida errante,



El eminente pianista Carlos G. Vidiella, fallecido en Barcelona el día 4 de los corrientes. (De fotografía de Audouard.)

aunque gloriosa, la existencia tranquila en Barcelona, en donde se ha dedicado durante 37 años a la enseñanza del piano, habiendo educado a dos generaciones y contando entre sus discípulos a no pocos que luego han sido notables maestros.

En nuestra ciudad había dado numerosos conciertos, que habían sido para él otros tantos éxitos grandiosos; entre ellos se recuerdan los tres que dió en 1891 en el Palacio de Ciencias y en los cuales ejecutó primorosamente 75 composiciones, desde las de los primeros clavecinistas hasta las de los autores más modernos; y aquel otro en que tocó, dando prueba de una excepcional resistencia, las 15 rapsodias de Liszt.

Vidiella interpretaba magistralmente las obras de los grandes músicos. Su pulsación prodigiosa y su dominio absoluto del teclado y sobre todo de los pedales le permitían obtener del piano maravillosos efectos ora arrebatando a sus oyentes en los pasajes de fuerza y brillantez, ora deleitándoles y extasiándoles en las piezas de sentimiento que fraseaba y matizaba con expresión y delicadeza incomparables.



Madrid. - Una escena de *La invitación al vals*, opereta del maestro Strauss arreglada a la escena española por José Juan Cadenas y Asensio Mas y estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

madrieffo con el estreno de *Las golondrinas*, ese hermosísimo drama musical que ha recorrido triunfalmente los principales teatros de España. Al ocuparnos en aquel éxito, en el número

el gran público, fueron causa de que no alcanzase la celebridad universal que seguramente habría conseguido si, haciendo lo que otros pianistas con méritos no superiores a los suyos, se

Como compositor, escribió algunas piezas bellísimas en las que predominaba la nota sentimental.
¡Descanse en paz!

MI TIO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONCLUSIÓN.)

Después de todo, como él mismo repite a cada momento, es bastante maduro para ir sin mentor, y yo tengo ocupaciones más interesantes que enseñarle en vano los lazos tendidos por esa intrigante de Herminia.

Mientras yo me atormento, la multitud de ociosos circula en torno de una orquesta al aire libre.

Esta música ruidosa no hace más que aumentar mi tristeza; regreso al hotel y me pongo a escribir, a fin de matar el tiempo hasta que los excursionistas regresen de Portillón.

A las seis, vuelvo al paseo de Etigny y me detengo delante del despacho de las mensajerías, justamente a punto para ver desfilar a los viajeros del *break*.

No veo a mi tío ni a doña Herminia; pero, en cambio, oigo a varios turistas muy sobreexcitados que refieren en voz alta el audaz golpe de mano ejecutado por el Telaraña en la casa de juego; uno de ellos añade que los carlistas se han llevado a varios jugadores, y yo soy presa de una nueva inquietud, al notar la ausencia de Florencio y de su compañera.

Me aferro todavía a la esperanza de que habrán vuelto al hotel por otro camino. Corro allá y me precipito en la portería al mismo tiempo que un joven campesino pregunta en español por D. Miguel Silmont y lleva en la mano una carta a mí dirigida.

Habiendo conocido la letra de Florencio, rompo el sobre y leo con estupefacción un billete así concebido:

«Mi querido Miguel, Portillón es una ladronera y los carlistas, que yo creía noblemente caballerescos, son unos bandidos. Hemos caído en una emboscada de guerrilleros que nos han saqueado. Para colmo de maldad, como yo protestaba contra ese atentado al derecho de gentes, el jefe de la partida me ha cargado de cadenas y me ha llevado a su madriguera, en Bosost, donde pretenden tenerme cautivo hasta que yo haya pagado un rescate de quinientas pesetas.

Tan pronto como recibas la presente, corre a la sucursal del *Comptoir d'escompte*, enseña mi carta de crédito, pide seiscientos francos a cuenta y con la prontitud que el caso requiere, ven a libertar a tu desdichado tío

»FLORENCIO GARAUDEL.

»P. D. - En medio de mis infortunios, la señora de Val-Clavín ha estado heroica. No me ha abandonado y lucha valerosamente para preservarme de los malos tratos de esos pretendidos soldados del derecho divino... ¡Es un ángel!»

Las oficinas de la sucursal, están ahora cerradas y, por otra parte, no es seguro que quieran entregarme fondos sin un recibo del acreedor.

Afortunadamente, he de cobrar en la misma caja un cheque de mi editor; pero hay que esperar al día siguiente.

Me limito, pues, a entregar al portador de la carta un billete en que notifico a Florencio que llegaré mañana con los fondos.

Pago bien al joven mensajero y consigo que parta inmediatamente para Bosost.

Regreso luego a mi hotel, vivamente impresionado por esta malhadada aventura.

Naturalmente, la noche me ha parecido larga y he dormido mal.

Por la mañana, después de haber encargado un

de la fuga de Sol y juzga prudente adelantarseme: - Nos separamos en la Hourque, empieza, en condiciones muy desagradables. Pero todo se ha

arreglado; llegué a San Sebastián a tiempo para coger a mis dos fugitivos. Estaban muy afligidos, pues ya se arrepentían de su calaverada... ¿Qué había yo de hacer? Los perdóné. Su amor y sus lágrimas me enternecieron; la ternura paternal pudo más que todo. En interés de la moral y de la buena reputación de mi casa, me pareció que convenía ante todo evitar el escándalo. Abrí los brazos a esos pobres muchachos y, dentro de un mes, celebraremos el matrimonio en Burdeos.

- Mis plácemes... Ha obrado usted con cordura... Y, a propósito, ¿y la señorita?..

El me corta la palabra bruscamente como deseoso de pasar a un asunto menos escabroso, y me pregunta por mi tío.

- Ese excelente Garaudel ha venido sin duda con usted. ¿Cómo está?

- ¡Hum!, no muy bien por ahora...

Cuento la aventura de Portillón y mi propósito de partir luego para ir a rescatar a Florencio y a doña Herminia.

- ¡Pobre señor!, suspira Egrefeuil, ha caído en un aviso... ¿Entonces encontró aquí a la señora de Val-Clavín?

- Sí, y pienso que es un aviso más peligroso que el de Portillón... Sacaré a mi pobre tío de manos de los carlistas, pero será más difícil arrancarlo de las garras de esa señora. Se ha enamorado de ella y es capaz de dejarse arrastrar a un ridículo matrimonio.

El azucarero suelta una carcajada.

- ¡Qué barbaridad!.. ¿Tan cándido es su señor tío? ¡La señora de Val-Clavín es de las mujeres que no se toman por esposas!

- Él la toma por todo una señora. Herminia le ha hecho creer que ha vivido en la mejor sociedad de Londres y que es viuda de un agregado de embajada.

- ¿Y se lo ha creído?.. Efectivamente ha estado en Londres, pero en un *music hall*, donde cantaba bastante bien y donde yo la encontré... Después la vi trabajar en una compañía de opereta en el Casino de Arcachón. No le falta gracia y es divertida...

Miro a Egrefeuil de frente y le digo:

- ¡Vamos! De usted a mí, confiese que ha sido su amante.

Menea la cabeza, se sonríe con cierto aire de fatuidad y replica:

- ¡Hombre!, a usted que está iniciado en la vida parisiense y es indulgente con la debilidad humana, bien puedo confesarle un pecadillo... Sí, he tenido una chifladura por Herminia, hemos sido muy buenos amigos durante unos quince días, y se acabó. A mi edad, las locuras no son excusables sino con la condición de que duren poco. Ahora he vuelto a posesionarme de mi papel de esposo y de padre... Hay que desengañarse, Sr. Silmont, lo único verdadero es la familia y en lo sucesivo no volveré a pecar.

- Gracias por sus informes sobre la dama; ya sospechaba yo que era una intrigante, pero me costará gran trabajo convencer a mi tío.

- ¡Bah!, no será bastante novicio para... ¡Tiene



- ¿Dónde ha recogido su sobrino semejante calumnia?

landó y un par de buenos caballos, me encamino hacia la sucursal donde cambio mi cheque contra moneda efectiva.

Iba a salir del vestíbulo, cuando de pronto, entre los clientes que se separan de un ventanillo, reconozco al Sr. Egrefeuil.

El me ha visto también a mí, y la sorpresa ha sido grande para los dos, si no agradable.

El primer movimiento del azucarero ha sido el de esquivarse, y yo hubiera hecho lo mismo si el deseo de saber noticias de Dionisia no me hubiera impulsado a vencer mi repugnancia.

Me dirijo pues hacia Egrefeuil y, como le es imposible evitarme, se me acerca sin entusiasmo.

- ¡Eh!, dice con su tono obsequiosamente dulzón... ¡Si es D. Miguel Silmont!.. ¿Usted en Luchón, en la reina de las estaciones termale pirenáicas? ¡Bonita población!, ¿verdad?

Sigue una pequeña pausa, durante la cual salimos del banco y marchamos juntos bajo los árboles.

Busco una manera indirecta de obtener noticias de Dionisia.

El azucarero parece tan embarazado como yo. Supone que voy a interrogarle sobre las consecuencias

gracia!. Usted debe llevar prisa y no quiero robarle el tiempo. Amistosos saludos de mi parte a ese excelente Garaudel, y procure usted desencantarlos... ¡Hasta la vista, señor mío!.

Vamos a separarnos y aun no me he atrevido a formular la única pregunta que tengo verdadero interés en hacerle.

— Usted dispense, digo poniéndole la mano sobre el brazo, una palabra... Déme noticias de la señorita Suzor. ¿Supongo que ha vuelto con ustedes?

El azucarero se pone colorado y su fisonomía pasa de la expansión a la seriedad.

— Perfectamente, contesta compungido, ha vuelto al lado de mi mujer, en Bagneres, donde pasaremos una semana. Pero usted comprenderá que después de los lamentables incidentes en que esa joven estuvo mezclada, me es imposible conservarla en mi casa. Ha carecido de previsión, de tacto y de habilidad. Esta noche misma, a mi regreso al Gran Hotel, pienso despedirla inmediatamente. Lo siento mucho, pero las conveniencias de familia lo exigen.

Saluda y se marcha presuroso, diciendo:
— ¡Adiós, Sr. Silmont; servidor de usted!
Se aleja en dirección del Parque.

Permanezco un momento inmóvil bajo los plátanos, ocupado en rumiar lo que acabo de oír.

Es decir que, mañana, Dionisia se encontrará brutalmente echada a la calle en una población desconocida, y ni siquiera sabrá qué ha sido de mí.

Si fuese libre de mis acciones, tomaría el primer tren e iría a reunirme con ella en Bagneres; pero mi deber me retiene aquí.

No puedo dejar que el infortunado Florencio se pudra en su prisión de Bosost.

En fin, lo traeré esta tarde, le enteraré de los antecedentes de la señora de Val Clavín y, tanto si sigue como no si no sigue mis consejos, me despido de él, mañana a primera hora.

Subo al landó que me espera delante del hotel y parto al trote de los caballos para Bosost.

De tal manera me absorben mis inquietudes acerca de Dionisia, que no tengo tiempo de reparar en la longitud del camino.

No salgo de mi meditación hasta que el coche se detiene bruscamente en la plaza de Bosost, delante de la *Posada de Agustín*, blanqueada con cal, y sobre cuyo porche, a guisa de muestra, cloquea melancólicamente una perdiz cautiva en una jaula demasiado estrecha.

Me precipito en el interior de la hostería, y pido informes acerca del jefe de la partida carlista y del sitio en que tiene preso a Florencio Garaudel.

El hostelero saluda y sonríe maliciosamente.
— Señorito, dice, el cabecilla Telaraña y su partida han salido de Bosost esta mañana; en cuanto al caballero de quien habla, está aquí...

XXII

Continuando sus saludos y sus sonrisas, el posadero abre una puerta lateral, me introduce en un comedor contiguo, y yo, que había creído encontrar a mi tío echado «sobre la húmeda paja de un calabozo», veo a Florencio Garaudel y a la señora de Val-Clavín sentados a la mesa delante de una cazuela de arroz a la valenciana y de un solomillo de cerdo con garbanzos.

Cuando uno ha pasado un mal rato por personas a quienes creía en angustiada situación, y las encuentra comiendo alegremente, experimenta desde luego una involuntaria contrariedad.

Lo que es yo, no puedo reprimir un movimiento de despecho al pensar que, para libertar a un supuesto cautivo, he perdido un tiempo precioso y retrasado veinticuatro horas mi partida.

— ¡Ah!, ¿eres tú?, dice Florencio, con la boca llena; llegas a punto y vas a almorzar con nosotros...

Esta desenfadada manera de recibirme y de considerar como cosa muy natural la molestia del viaje, redobla mi mal humor.

Me siento y contesto con una miaja de sarcasmo:
— Tío, estoy satisfecho de ver que me atormentaba sin motivo y que tu imaginación exageró un poco el peligro.

— No exageré nada, replica imperiosamente Florencio... Sin la abnegación de esta señora, corría yo los más mortales peligros... Puedes darle las gracias, amigo mío; ha sido mi providencia; si me encuentras sano y salvo, a ella es debido. Después de haberme condenado doce horas a pan y agua en una mazmorra, esta mañana, el abominable Telaraña, temeroso de la guardia civil, ha creído prudente tomar las de Villadiego. Pero el bandido quería llevarme maniatado. Entonces es cuando la señora de Val Clavín ha estado admirable. Para pagar mi rescate, se ha despojado de sus alhajas, y el sinvergüenza del cabeci-

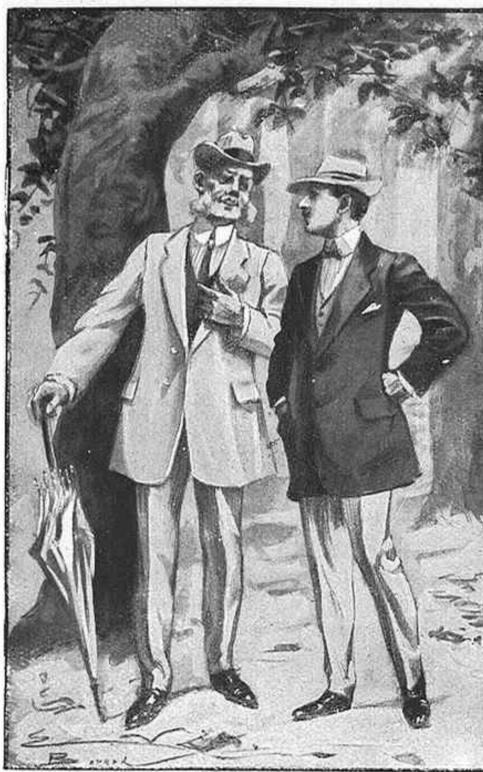
lla ha echado mano de ellas. Pero yo sabré resarcirla de su generoso sacrificio y mi reconocimiento no tendrá límites.

Me inclino, miro a la dama que baja modestamente los ojos y noto, en efecto, que las sortijas que antes llevaba puestas han desaparecido.

Seguramente el sacrificio ha debido serle doloroso.

Sin embargo, reflexiono que la astuta Herminia se ha resignado sin duda a meter aguja para sacar raja, como vulgarmente se dice, y ya no me conmueve tanto su «sacrificio».

Cuando mi tío habla de ella, lo hace con un lirismo y con una emoción que le humedece los ojos.



... y marchamos juntos bajo los árboles

Durante todo el almuerzo, Florencio no cesa de ponderar la inolvidable abnegación de «su ángel salvador»; de lo cual deduzco que este ángel tiene el don de la especulación y ha sabido colocar su capital a un interés crecido.

Por fin nos levantamos de la mesa.
— Es hora de partir, exclama Florencio Garaudel; estoy impaciente por volver a pisar tierra francesa.

La señora de Val-Clavín y mi tío suben al primer piso para ultimar sus preparativos.

Me quedo solo, y mientras la hostelera levanta los manteles, se me ocurre interrogarla sobre el golpe de mano de Portillón y el percance de Florencio.

La mujer me explica lo ocurrido y añade filosóficamente que esto «son cosas de la guerra».

— ¡Extraña manera de hacer la guerra!, replico. Después de haber saqueado a mi tío, el Telaraña amenazaba con guardarlo prisionero y, sin la abnegación de la señora que ha pagado el rescate...

La posadera replica encogiéndose de hombros:
— ¡Oh!, el capitán es muy galante...

Y añade con una sonrisa equívoca:
— Las mujeres bonitas tienen varios medios de pagar.

Somos interrumpidos por la vuelta de Florencio y de su amiga.

Mientras que mi tío paga el gasto, enganchan, y nos instalamos luego en el coche: Florencio y la señora de Val-Clavín en el fondo y yo en el asiento de delante.

Minutos después los caballos parten y, sin pena alguna, decimos adiós para siempre a Bosost.

Desde la aldea hasta el puerto, la subida es larga y penosa.

Cansado de sus insomnios de la prisión, Florencio no tarda en dormirse. Su sopor me deja verdaderamente a solas con doña Herminia.

Recordando la reflexión de la posadera, no resisto al malicioso placer de dirigir a la dama algunas preguntas indiscretas.

— Mi tío nos abandona... El pobre es excusable después de sus agitaciones de la víspera. Ha debido pasar una noche detestable, y usted misma, señora, sin duda ha dormido mal.

— En efecto, no he pegado los ojos... Estaba sola en un cuarto mal cerrado y tenía mucho miedo.

— Lo comprendo, tanto más cuanto que el famoso Telaraña se albergaba en el mesón.
— ¡Oh!, no he podido quejarme de él; ha estado muy cortés y lleno de consideraciones.

— ¡Un *Fra Diavolo* amable!.. Es tradicional; los jefes de partida son siempre galantes con las damas... Creo que usted cenó con él ¿verdad?

Irritada por mi soflama, doña Herminia contesta secamente:

— Por fuerza; comíamos en el mismo comedor y no había más que una mesa.

— ¡Vamos! Veo con gusto que no se aburrió usted...

Por toda contestación, ella ahoga un bostezo nervioso y se arrellana en el ángulo del landó.

— Usted dispense, murmura, yo también estoy algo rendida de cansancio...

Sus párpados se cierran y finge sucumbir a un irresistible sueño. Pero permanece despierta y, de vez en cuando, de reojo, sorprende su mirada aguda que me espía hostilmente por entre las pestañas entornadas.

Esto continúa hasta que nos acercamos a Luchón.

A los chasquidos del látigo del cochero, mi tío despierta con sobresalto, y su compañera juzga oportuno sacudir su falsa somnolencia.

Al llegar al hotel, nos deja para su comodidad y cambiar de traje.

Llevo a mi tío a nuestras habitaciones para devolverle su carta de crédito y explicarle por qué no he hecho uso de ella.

— Muy bien, dice Florencio; entonces yo soy tu deudor... Arreglemos en seguida nuestras cuentas.

Terminada esta tarea, él empieza a pasearse nerviosamente por el cuarto, con el aire de un hombre que tiene confidencias que hacer y no sabe por dónde empezar.

— Quédate, dice después de haber tosido un poco, necesito hablar contigo de cosas serias... Y, desde luego, a guisa de prefacio, escucha esta historia:

«En Villotte, hace algunos meses, murió uno de mis colegas de la Sociedad de Horticultura. Era, como yo, un solterón sólido y vigoroso. Se creía inmortal y aplazaba siempre la confección de su testamento. Lo cual no le impidió morir — súbitamente —, y su fortuna fué a parar a unos sobrinos a quienes apenas conocía.

«Yo asistí a su entierro — un triste cortejo, sin flores —, y cuya comitiva no pasaba de una treintena de indiferentes.

«Los colaterales en quienes había recaído tan inesperada herencia se habían corrido con una corona, una pobre corona artificial, negra y morada, que colgaba del féretro con esta inscripción en perlas blancas: *A nuestro tío*.

«Este detalle me chocó y en seguida me representé mi propio entierro y mi ataúd adornado con una corona idéntica.

«El mismo día, encontré a los sobrinos del difunto; ponían cara de pascua y discutían fumando sendos puros...

«Desde entonces, he pensado en ello muchas veces, diciendo para mí que quizá me esperaba igual suerte.

«Ya comprendes el apólogo... No quiero morir soltero y he resuelto casarme... Pero tranquilízate, muchacho, suceda lo que sucediere, yo no me olvidaré de ti y te reservaré una cláusula en mi testamento...»

— Tío, ten la seguridad de que no corro en pos de tu herencia... Puedes llevar adelante sin escrúpulos tus proyectos matrimoniales. Celebraré, al contrario, verte en compañía de una mujer buena, amante, honrada y digna de entrar en nuestra familia...

— Sí, es ciertamente digna de esto, afirma Garaudel, irguiendo el busto, y nos hará sin duda gran honor.

Le dejo venir y replico afectando una ingenuidad bonachona:

— ¡Ah!.. ¿Ya has hecho tu elección?

— Sí, amigo mío... Se trata de la señora de Val-Clavín.

— ¿Quieres tomarla por mujer... legítima?

— Absolutamente... He contraído con ella una deuda de gratitud, una deuda sagrada... Y, además, la amo como merece serlo.

— ¡Caramba! Nada te detiene... Admiro tu valor.

— ¿Mi valor?.. ¿Por qué dices eso?

— Porque te expones a ser un marido engañado y ridículo...; porque un hombre que se estima no se casa con una aventurera como ésa.

— ¿Eh?, exclama Florencio sofocado, ¿qué significa?..

— Sí, una aventurera, que es de Val-Clavín como yo soy de Batignolles, y que nunca ha sido viuda de ningún agregado de embajada; una comedianta, que después de haber trabajado de diversos modos de casino en casino, representa contigo y exclusivamente para ti una mala comedia de su invención, con la es-

peranza de que la intriga tendrá por desenlace un matrimonio, como en las comedias del antiguo repertorio.

A medida que hablo, la fisonomía de Florencio ofrece un curioso espectáculo. Su rostro se pone sucesivamente rojo, pálido y carmesí; sus facciones se alargan, los ojos salen de la órbita. Las palabras se atropellan en sus labios crispados y se suceden penosamente, como el agua que se escapa de una gárgola demasiado estrecha.

— Ignominia... Cobarde venganza... ¡Mentira!, balbucea enseñándome el puño.

Yo continúo conservando toda mi sangre fría.

— Si no me crees, consulta a tu amigo Egrefeuil, que está bien enterado y te dará a conocer la vida y milagros de esa aventurera...

— ¡Egrefeuil!. En vez de calumniar al prójimo, debiera reembolsarme los sesenta francos que pagué por él en la Hourque.

— Eso es un detalle secundario que no quita ningún valor a su testimonio...

Le explico mi encuentro con el azucarero y resumo nuestra conversación de la mañana.

Mi tío me escucha azorado, se muerde los labios, frunce las cejas, pero nada dice. En el momento en que yo termino, llaman a la puerta, y aparece doña Herminia risueña.

— ¿No les estorbo?, murmura con su voz zalamera; ¿le gustaría dar un paseo antes de comer?

— Vete, ordena imperiosamente mi tío; necesito hablar con la señora...

Cierra vivamente la puerta tras mí; pero, en su turbación, ha olvidado que nuestros balcones están abiertos y dan a una galería corrida, de modo que, desde mi cuarto, inmediato al suyo, puedo oír todo lo que se dice en éste.

Y confieso que cometo la indiscreción de escuchar.

— ¿Qué tiene usted?, pregunta la dama; parece usted trastornado.

— Motivo hay, replica sordamente Florencio; estoy indignado de las acusaciones que mi sobrino se ha atrevido a articular contra usted.

— ¿Contra mí?... ¡Ay!., el pobre muchacho se imagina que yo busco la fortuna de usted. Me detesta, ya lo he notado, y naturalmente procura denigrarme.

— Vergüenza me da mencionar sus estúpidas calumnias, continúa Florencio, y me apresuro a afirmar a usted que no creo una palabra de ello.

— No importa, insiste doña Herminia, le han trastornado a usted y tengo derecho a conocerlas.

— Si se las repito, si me permito interrogar a usted, no es porque sospeche, sino para que usted pueda confundir al calumniador.

— Pero en fin, ¿de qué me acusa?

— Afirma que no ha sido usted nunca la mujer de Val-Clavín.

Una pausa. Yo percibo una especie de queja mal ahogada.

— ¿Y bien?, farfulla Florencio; ¡usted no contesta!

— ¡Ah!, gime la acusada; el Sr. Silmont es cruelmente ingenioso. Ha sabido encontrar el punto doloroso que más debía hacerme sufrir.

— ¡Cómo!.. ¿Ha dicho la verdad?

— Ha tenido al menos el talento de mezclar lo verdadero con lo falso, a fin de poderme perjudicar. Prestando oído, digo para mí:

«Apuesto a que va a anticiparse... Naturalmente, para casarse, tiene necesidad de presentar una documentación legal que probará su superchería... Prefiere despejar, allanar el camino haciendo desaparecer inmediatamente al legendario Val-Clavín... ¡Ah!., es muy ladina, demasiado ladina para mi tío.»

Éste se pasea por el cuarto y balbucea:

— ¡Por favor!, explíquese usted.

— Conocí al Sr. de Val-Clavín en Londres... Me amó apasionadamente; yo era joven, carecía de experiencia... Nos casamos secretamente ante un pastor de la iglesia escocesa... Desde el punto de vista de la ley francesa, esta unión no era válida; pero debíamos regularizarla tan pronto como regresáramos al continente... La muerte de mi marido impidió la realización de nuestro propósito... Me quedé viuda a los veinte años, sin amigos y sin fortuna... A esto se reducen mis faltas. Hubiera debido confesárselas a usted, tan pronto como me declaró su afecto... y no dar a su sobrino ocasión para desnaturalizar los hechos.

— ¡Mi sobrino es un tunante!, declara Florencio aliviado.

— Desgraciadamente, no es eso todo... También

ha debido acusarme de haber pisado las tablas. — En efecto, ha tenido la imprudencia de añadir esta mentira a la primera.

— No era, propiamente hablando, una mentira, corrige la muy astuta; pero en eso también el Sr. Silmont ha desnaturalizado la verdad. Va usted a juzgar... Después de la muerte del Sr. de Val-Clavín, me encontraba sola en el extranjero y tenía que resolver el problema de ganarme la vida... Yo poseía una hermosa voz de contralto y había cantado con éxito en algunos salones. Me aconsejaron que utilizara mi talento, me ofrecieron una contrata para un teatro de ópera y me resigné a aceptarla... Otras han



La mujer me explica lo ocurrido...

hecho lo mismo antes que yo y se han hecho célebres, sin dejar de ser honradas. Además, tan pronto como pude, dejé el teatro... ¿Su sobrino tiene otras faltas que reprocharme?

— Tiene todas las audacias y — sobre todo es lo que me ha exasperado — afirma que ha sido usted querida del Sr. Egrefeuil...

— ¡Qué infamia!, exclama doña Herminia, con entonaciones teatrales... ¡Qué encarnizamiento en arrastrarme por el lodo! ¿Yo? ¡querida del Sr. Egrefeuil! ¿Dónde ha recogido su sobrino semejante calumnia?... ¿Qué pruebas tiene?... ¿Qué sabe él?

— Afirma que el mismo Sr. Egrefeuil se lo ha dicho confidencialmente.

— ¡Esto ya es el colmo!, protesta la señora de Val-Clavín, cuya cólera esta vez no es nada fingida; semejante proceder es propio de ese comerciante hipócrita que se da todas las apariencias de un virtuoso padre de familia y anda a picos pardos tan pronto como su esposa ha vuelto la espalda. La verdad es que ha tratado de hacerme la corte y que le he echado ignominiosamente de mi casa. Para vengarse, como los infames de su especie, se jacta cobarde de haber sido mi amante y trata de difamarme... ¿Pero usted no lo creerá? ¡Oh! Eso es abominable... ¡Cielos!, ¡qué desgraciada soy!.

Aquí una explosión de sollozos, seguida de cómicas y vulgares efusiones de parte de Florencio, después de lo cual la bella afligida continúa con voz lacrimosa:

— Amigo mío, no dudo de su ternura... Pero después de esta prueba humillante, me pregunto si no sería más juicioso desistir de un proyecto que ocasiona semejantes tempestades y que me ha valido ya la enemistad de su sobrino.

— ¡Cara y noble amiga, replica Florencio con calor, ni una palabra más!.. Yo la adoro y no seré feliz hasta que usted sea mi mujer... En cuanto a mi señor sobrino, voy a echarle la reprimenda que merece... Se lo traeré arrepentido y flexible como un junco.

En efecto, Florencio empuja bruscamente la puerta y entra en mi cuarto con el rostro encendido y la mirada solemne.

— Miguel, dice gravemente, he tenido una explicación decisiva con la señora de Val-Clavín y quiero que sepas el resultado.

— Es inútil, tío, ya lo sé.

— ¡Cómo! ¿Escuchas ahora detrás de las puertas?

— No, pero hablaban ustedes muy alto y tú te ha-

bías olvidado de cerrar tu balcón... La entrevista era tan interesante que no he podido menos de prestar oído.

— ¡Ah!.. ¿Entonces sabes que doña Herminia se ha justificado totalmente de tus odiosas acusaciones?

— Te ha convencido y esto es lo esencial...

— Sabes que Egrefeuil ha mentido como un bellaco, prosigue acalorándose... Si doña Herminia entró en el teatro, se mantuvo en él honradamente y salió de él irreprochable, inmaculada...

— Como el armiño.

— Ya no te asombrarás, pues, de que me case con ella... Y si en algo estimas mi amistad, vas a venir conmigo a presentarle respetuosas excusas.

— Eso no... Yo soy tan terco como tú crédulo; permite que conserve mis convicciones.

— ¡Te niegas!, grita Florencio con su voz de falsete.

— Absolutamente.

— ¡No eres más que un orgulloso y un torpe!.. Todo se acabó entre nosotros, ¿oyes? Reniego de ti como sobrino.

— Y yo te compadezco, mi pobre tío.

Mi acento de compasión le irrita más.

— ¡Vete!, ruge, ¡apártate de mis ojos!, ¡me repugnas!.. Anda, ve a buscar a ese trapacero de Egrefeuil y cástate con su señorita de compañía, si tal es tu gusto.

— Tal es precisamente mi intención.

Esto dicho, saco flemáticamente mi maleta de un rincón y la abro en el suelo para hacer el equipaje, mientras sale Florencio cerrando tras sí con estrépito la puerta.

XXIII

Una vez hecha mi maleta, he tomado el primer tren de Tarbes, donde he tenido que pernoctar y he dormido muy mal.

El temor de no llegar a Bagnères hasta después de la salida de Dionisia Suzor hubiera bastado para quitarme el sueño.

Añádase a esto el disgusto de mi rompimiento con Florencio Garaudel. En el fondo, a pesar de su extraño humor y de sus extravagancias, siento por él un antiguo afecto. Es mi único pariente y, como ya he dicho, su provincialismo exclusivo me recuerda las caras impresiones del país natal.

Nuestra separación definitiva no deja de entristecerme; se me figura que he roto el último lazo que me liga al terruño.

Siento un verdadero remordimiento al pensar que acabo de sacudir violentamente el árbol genealógico de los Garaudel, y me parece oír cómo caen en torno mío recuerdos de infancia, cual frutos maduros...

Al día siguiente, un tren matinal me ha transportado a Bagnères.

Mientras corría, demasiado lentamente para mi deseo, yo no pensaba más que en Dionisia y, como una obsesión escondida por el jadeo de la locomotora, las mismas monótonas preguntas se repetían en mi cerebro: «¿Voy a verla? ¿No estará ya lejos?»

Por fin llego, trémulo de impaciencia; un ómnibus me conduce al hotel Frascati y, después de un somero almuerzo, me precipito hacia el paseo de los Coustours, donde la familia del azucarero ocupa varias habitaciones del Gran Hotel.

Entro en el despacho y pregunto si la señorita Suzor está aún con los Egrefeuil.

— No, señor, replica el portero; esa señorita ha hecho conducir esta mañana su equipaje a la estación y ha partido, probablemente, por el primer tren.

Esta breve contestación me produce el efecto de una puñalada en el pecho.

Quedo un momento atontado y corro luego a la estación.

El vestíbulo está desierto y las ventanillas cerradas. El tren de Tarbes acaba de partir y no saldrá ningún otro tren para París hasta las cuatro de la tarde.

Desesperado, atormentado por negros presentimientos, me vuelvo hacia los Coustours. No me queda más que una esperanza, débil rama a la cual me agarro como un desesperado:

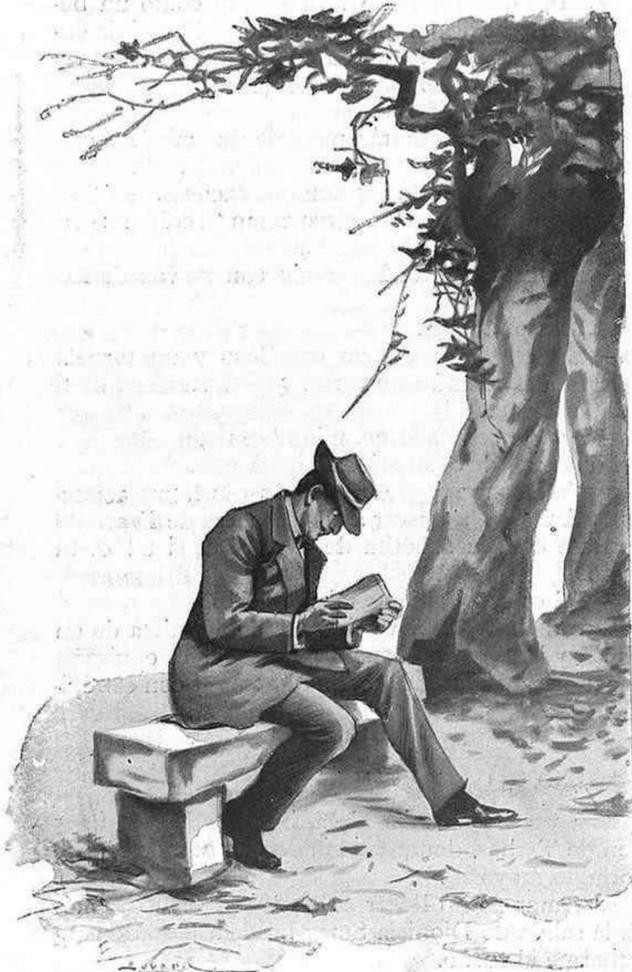
«Antes de partir del hotel, Dionisia me habrá escrito quizá a la lista de Correos, como habíamos convenido.»

Lentamente, a fin de conservar más tiempo la ilusión de esta probabilidad, voy en busca de la casa de Correos.

Cae una menuda niebla que se armoniza con mis sombríos pensamientos, y a través de la cual la población se me aparece velada de luto.

Por fin, cerca de las Termas, diviso la estafeta. Entro en ella como un pobre vergonzante. Una placa indica el ventanillo de la correspondencia en lista; exhibo en él mi tarjeta, preguntando si hay algo a mi nombre.

El empleado, soñoliento, busca en una casilla y



... rompo el sobre y empiezo a leer la carta...

compulsa minuciosamente un fajo de correspondencia con sobres de dimensiones y colores diversos, mientras mi corazón palpita dolorosamente.

— Sí, hay una carta, contesta entregándola. Seguramente es de Dionisia.

Al primer golpe de vista dirigido al sobre, reconozco el firme carácter de letra que había notado semanas atrás en la guarda de la novela inglesa que la señorita Suzor llevaba el día de nuestro primer encuentro.

Aun no me atrevo a leer la cara misiva; espero estar solo en un rincón, bajo los árboles; pero la esperanza vuelve a acariciarme con un melodioso ruido de alas.

A pesar de la niebla, la población me parece súbitamente hospitalaria y risueña; encuentro un encanto nuevo en las aguas claras que borbotan a lo largo de las aceras, en las terrazas embellecidas por adelfas, en las fachadas blancas, encuadradas de mármol negro, y en las galerías por cuyas balaustradas trepan frondosas vides.

Reanimado por la cartita que con delicias toco en el fondo de mi faltriquera, me interno bajo los castaños del paseo de las Termas, escojo un banco bien solitario, rompo el sobre y empiezo a leer la carta, cuatro páginas de letra apretada cuyo contenido devoro:

«Mi apreciable Sr. Silmont: prometí a usted darle noticias mías, y, en el momento de abandonar los Pirineos, quiero cumplir mi promesa.

»Después de haberme separado de usted en la Hourque, acompañé al Sr. Egrefeuil a Bareges donde tomamos un carruaje para seguir la noche misma y el día siguiente la pista de los dos fugitivos.

»¡Triste viaje!.. Si no hubiese escuchado más que mis repugnancias, hubiera declinado la obligación de viajar a solas con ese hombre que nunca me inspiró confianza; pero, sin querer, yo había facilitado el rapto de Sol, y me consideraba obligada a ayudar al azucarero a encontrar a su hija...

»No tardé en verme castigada por mi abnegación demasiado escrupulosa: tan pronto como nos encontramos solos en el departamento del tren que nos llevaba hacia San Sebastián, ese irreprochable padre de familia aprovechó la ocasión para colmarme de atenciones equívocas y de insultantes protestas de ternura.

»No pude hacerme respetar sino manifestándole toda mi repugnancia y amenazándole con bajar del coche en la primera estación.

»Entonces cambió de sistema.

»Como hombre que se cree irresistible, me dió a comprender que atribuía mi desprecio al afecto que yo le tenía a usted. Con tono meloso, deploró paternalmente mi credulidad «ciega» y fingió apiadarse de mi sueste:

»— Usted ama al Sr. Silmont, dijo, porque es joven y tiene un nombre en la literatura. Si todo ese oropel la ha seducido, la compadezco. Miguel Silmont, como todos los artistas, se entusiasma pronto y se desilusiona más pronto todavía. La comprometerá y no se casará con usted. Y aunque quisiera, su tío, de quien depende, no se lo permitiría. Por otra parte, la situación de ese joven es tan precaria como brillante; está subordinada a los caprichos de un público veleidoso; le obliga, pues, a casarse con una mujer rica, y Garaudel le negocia una viuda bonita y acaudalada que conocieron en Cauterets. Los verdaderos amigos del Sr. Silmont deben desear que ese proyecto prospere, pues un matrimonio con una muchacha pobre sería para él desastroso.

»El Sr. Egrefeuil es capaz de mentir villanamente, ya lo sé; sin embargo, sus afirmaciones, repetidas hasta la saciedad, contenían duras verdades que me caían sobre el corazón como una ducha de agua fría.

»Sus palabras me humillaban, me atormentaban y la tortura no acabó hasta nuestra llegada a San Sebastián, cuando me refugié en mi cuarto y mi atormentador se puso en busca de Ternat y de Sol.

»Los encontré en un hotel vecino.

»Al día siguiente, como yo había previsto, se operó la reconciliación, se obtuvo el consentimiento paterno y regresamos todos juntos.

»Durante el trayecto, el Sr. Egrefeuil dejó de ocuparse en mí, pero no me perdonaba ni mi desprecio ni su fracaso. Se sentía calado y, suponiéndome de la misma calaña que él, no quería conservarme en su casa.

»Por consiguiente, la misma tarde de nuestro regreso, fui secamente despedida.

»Me lo esperaba y en el acto me dispuse a partir.

»Mientras preparaba mi pequeño equipaje, recapacité y medité las crueles palabras que había oído durante aquel horrible viaje.

»No, mi querido Miguel, no quiero ser un obstáculo para su felicidad futura.

»Si allá, en la cúspide del Pico, durante un minuto de exaltación y de deslumbramiento, perdí el sentido de la realidad al extremo de consentir en ser su esposa, ahora que me veo humillada y arrojada de nuevo a la triste prosa de la vida, no quiero ser para usted ni una carga ni una traba.

»Si yo cediera a un impulso irreflexivo, usted se consideraría obligado a hacer de mí, como decía «la compañera de los días felices y de los días aciagos.» Los días aciagos vendrían quizá... Quizá también tendría usted entonces arrepentimientos que ocultaría, pero que yo acabaría por adivinar, y esto sería para ambos un sufrimiento atroz.

»Recobre usted su libertad y procure olvidarme. Por lo que a mí toca, no olvidaré jamás que usted ha sido, durante algunas semanas, el más noble y el más abnegado de los amigos. Me llevo su recuerdo a ese París donde voy a reanudar la lucha por la existencia, y esto será el gran consuelo de su amiguita

DIONISIA.»

Terminada la lectura de esta carta lastimera, me levanto bruscamente, presa de un inexplicable desorden de espíritu.

Maldiciendo al hipócrita y pícaro Egrefeuil, causante de todo el mal; sublevándome contra el fatal encadenamiento de las cosas; deplorando la funesta resolución de Dionisia, y no sabiendo qué determinación tomar para remediarla, abandono el paseo y vago errante por las cales.

¡Ah!, la población no tiene ya la gracia risueña de hace poco. Quisiera estar lejos en el tren que me llevará a París, y al mismo tiempo un melancólico y misterioso atractivo me retiene en este país de montañas en que he sufrido pasiones de amor.

La débil esperanza a que me agarraba, se ha roto de repente, y sin embargo aun me obstino en esperar a pesar de todo.

En vano Dionisia se ha abstenido de darme su dirección y el apellido de su tía; quiero volverla a ver y me obstinaré en buscarla.

¿Pero cómo encontrarla en ese océano de París donde uno se pierde tan fácilmente?..

En tal estado de trastorno regreso al hotel y subo a mi cuarto.

No son más que las doce y faltan aún cuatro mortales horas antes de la salida del tren.

Para calmar mi impaciencia, resuelvo expedir un telegrama a mi vieja criada, avisándole mi regreso.

Instalado delante de una mesa, empiezo a redactar mi telegrama, pero soy interrumpido por la camarera, una de esas graciosas hijas del país de Bigorra, alta, esbelta, de líneas correctas y de cabellos negros, atados sobre la nuca en un pañuelo de seda anaranjado.

Sorprendida, se ha detenido y murmura:

— Usted dispense..., creía que el señorito había salido, y traía estas toallas...

— No me molesta, le dije... Al contrario; voy a suplicarle que haga llevar a Telégrafos un parte que estoy acabando.

La linda camarera se sonríe en señal de consentimiento; pone las toallas sobre el tocador, y, con una familiaridad bien meridional, me interroga luego:

— ¿El señorito es forastero?.. ¿El señorito viene de lejos?

— Sí, de París, y allá me vuelvo.

— ¡Ah!, ¿de París! (Y sus negros ojos brillan como ascuas). ¡Yo nunca he ido más allá de Tarbes! Según dicen, es muy hermoso París!

— Sí, es una gran ciudad.

— Sin embargo, el señorito no parece muy contento de volver.

Me mira, y mi aire abatido la sorprende sin duda, pues añade:

— El señorito más bien parece estar triste... Como una señorita que ha llegado esta mañana y se va también a París... ¡Ah!, la pobre, parece que la apena mucho el partir.

— ¿Una señorita?, exclamo; ¿cómo es?

— Muy decente... Una morenita de mi edad, peinada a lo Virgen, con unos ojos muy grandes y muy dulces.

Una voz brota en mi cerebro; me levanto y balbuceo:

— ¡Es ella!..

Notando entonces el asombro de la camarera, añado:

— Es una señorita a quien conozco... ¿Está ahora en el hotel?

— No, señor, ha salido; ha dicho que iba a pasearse por la Fuente ferruginosa, esperando la hora del tren.

— Voy al encuentro de esta señorita, digo con precipitación; luego le daré mi telegrama...

Echo a correr como un loco hacia las alamedas que conducen a la fuente ferruginosa.

El cielo se aclara, la bruma se disuelve en gotitas que resbalan sobre las hojas lustrosas y humedecen la hierba de los senderos.



desde lo alto de nuestro balcón asistimos a las puestas de sol

Mi corazón palpita de nuevo: ¿será realmente ella, u otra decepción?.. Llego a la última alameda, oigo un sordo murmullo de agua viva, y en el fondo, a la sombra verdosa de los castaños, distingo una silueta femenina inclinada hacia la fuente y mojado en ella sus manos.

Al ruido de mi paso precipitado, la mujer se vuelve... ¡Y es Dionisia que yo creía haber perdido y que he vuelto a encontrar como por milagro!

Palidece, se ruboriza, y, confusa, murmura:

— ¡Don Miguel!

- Sí, soy yo, mala amiga, digo aprisionando en mis manos sus dos manos mojadas... ¡Ah!, ahora que he vuelto a encontrarla, ya nada podrá separarnos.

Ella replicó con una pálida sonrisa:

- ¿No ha recibido usted mi carta?

- Sí, esta mañana, y he sufrido horriblemente por temor de haberla perdido para siempre y de pensar que usted me había juzgado tan mal... Las angustias que experimentaba, me han hecho sentir aún más la intensidad de mi amor... Sin embargo, le perdono con la condición de que me jure que no volverá a abandonarme.

Y, medio risueña, medio pensativa, dice:

- ¿De modo que usted persiste en casarse con una pobre muchacha abandonada y casi echada a la calle?

- Persisto en ser feliz con la elegida de mi corazón... ¿Cómo ha podido usted creer un instante que yo podría vivir sin usted?

- Procuraba persuadirme de ello, y sin embargo, se lo confieso, me costaba trabajo partir de aquí, donde me retenía una postrera esperanza... Me faltaba valor, ahora se lo puedo confesar.

Confusa, deja que la estreche en mis brazos y la conduzco al hotel Frascati, donde llegamos a punto para tomar el ómnibus que nos lleva a la estación.

Hemos partido en el tren de las cuatro y, en Morcens, como ambos estábamos casi en ayunas,

hemos comido alegremente en el restaurán, y hemos vuelto a subir luego en el expreso.

La noche ya había cerrado.

Como cuando nos encontramos por primera vez, la luna, en su cuarto creciente, se ha puesto a brillar por encima de los pinos. A través de la campiña débilmente iluminada, el cascabeleo de los grillos y la flautas de las rubetas turbaban el silencio en torno de las estaciones dormidas.

En la semiobscuridad de la noche de agosto, hemos hablado tiernamente, como la otra vez, hasta la hora tardía en que nos hemos dormido para no despertar hasta París...

* * *

Hace ya quince días que estamos casados.

La boda se celebró en la intimidad, en presencia de la tía Sofía y de cuatro o cinco amigos.

Nuestra luna de miel se ha limitado a un viaje «a las riberas próximas», es decir a la *Rive gauche* (ribera izquierda del Sena), calle de Médicis, donde nos hemos instalado en mi piso, dispuesto para servir de blando nido a la comunidad.

Aquí, como *los dos palomos* de La Fontaine «somos, el uno para el otro, un mundo siempre bello, diverso siempre y siempre nuevo.»

Aquí, a la caída de las tardes de abril, desde lo alto de nuestro balcón, asistimos a esas radiosas y

melancólicas puestas de sol, que constituyen la belleza de los jardines del Luxemburgo.

Cuando las tardes refrescan, encendemos un fuego de leña, y, muy juntitos, saboreamos nuestra oculta felicidad.

En una de esas exquisitas tardes de otoño, el correo nos ha traído una esquila artísticamente grabada sobre papel de Holanda, en que ambos hemos leído lo siguiente:

«Don Arístides Florencio Garaudel, oficial de Academia, miembro de varias Sociedades científicas, tiene el honor de participar a usted su matrimonio con Doña Herminia Travouillon de Val-Clavín.»

- *Consumátum est*, he dicho, tirando la esquila sobre mi mesa; mi tío Florencio ha dado el salto mortal.

- ¡Mi pobre Miguel!, ha replicado mi esposa!.. ¡La herencia se te escapa!

- Consuélate, he replicado; mucho antes de que muera mi tío, la señora de Val-Clavín, es decir Herminia Travouillon, habrá devorado el patrimonio de los Garaudel... De toda la sucesión del infortunado Florencio, no echaré de menos más que una cosa.

- ¿Cuál?

- La cáscara de coco en que te lavaste graciosamente las manos, cuando te vi por primera vez.

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores o editores

LA ABEJA Y LA COLMENA, por L. Langstroth y C. Dadant, versión castellana de M. Pons Fábregues. - En este libro, obra maestra de la apicultura moderna, Lorenzo Langstroth, el inventor de la colmena de cuadros móviles, vertió la experiencia adquirida por él en largos años de práctica, y los Sres. Dadant, padre e hijo, han incluido después los más brillantes progresos de esta rama de la economía rural. Difícilmente podría exponerse en forma más amena y científica cuanto al apicultor interesa conocer: anatomía, costumbres, construcciones y régimen de las abejas; sistemas diversos de colmenas; operaciones de la enjambrazón y de la cría de reinas y zánganos, selección de razas, métodos de expedición, transporte y selección de colmenares; operaciones inherentes a la invernada; la producción y venta de miel y cera en grande escala; enfermedades de las abejas y su remedio. Completan el libro un calendario apícola, un resumen de consejos prácticos en forma de aforismos sencillos y un índice alfabético. Un tomo de 648 páginas con 243 grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 9 pesetas en rústica y 10 encuadernado en tela inglesa.

LOS VASCOS Y SUS FUEROS, por J. Gastelu. - El espíritu que informa esta obra puede sintetizarse en las siguientes palabras que se leen en la introducción: «Somos vascos, pero somos también españoles y somos hermanos. Así por encima del amor a la familia ponemos el amor del pueblo; por encima del amor del pueblo, el de la provincia; por encima del amor de la provincia, el de la región, y el de España por encima de todos estos amores. Pero aun hay otro amor que está por encima de nuestro amor a España, y es el amor que sentimos por la Humanidad.» Consta el libro de tres partes: los fundamentos, la obra reestructiva y Vasconia en el porvenir, comprendiéndose en la primera parte el origen y el fin del hombre, naturaleza de los vascos, Vasconia antes del pacto con Castilla, pacto del pueblo vasco con Castilla y ruptura del pacto; en la segunda, los partidos políticos españoles en Vasconia, las causas de los efectos,



Para la limpieza y ::
conservación del cabello

lo UNO es tan
indispensable como lo OTRO

A. Ehrmann

el hombre y la idea, los jesuitas y el nacionalismo vasco, y estrechez y egoísmo del programa del nacionalismo vasco; y en la tercera, fraternidad española y síntesis del problema vasco. Un tomo de 288 páginas, impreso en San Sebastián en la imprenta de Martín, Mena y Compañía; precio, 3 pesetas.

NARCISO MONTURIOL Y LA NAVEGACIÓN SUBMARINA. Juicios críticos emitidos sobre los importantísimos trabajos realizados por este sabio inventor catalán, coleccionados por el Dr. D. Jerónimo Estrany. - Esta obra, que constituye un homenaje al ilustre sabio catalán D. Narciso Monturiol, pone de relieve cuanto debe la ciencia a este esclarecido ingenio en el arduo problema de la navegación submarina. En ella ha coleccionado el Dr. Estrany los trabajos críticos formulados en varias ocasiones por las más competentes autoridades científicas respecto del valor y alcance del gigantesco esfuerzo realizado por Monturiol hace 56 años y que le llevó a solucionar cumplidamente gran número de problemas parciales difíciles, algunos de los cuales, en los modernos submarinos, están todavía sin solución por desconocimiento sin duda de los éxitos logrados por nuestro compatriota. Por esta obra podrá hacerse cargo todo el mundo del punto, todavía apenas superado en la actualidad, adon de llegó Monturiol, del modo lamentabilísimo cómo se malograron sus esfuerzos y sacrificios y de cuán inconcebible resulta la injusta preterición en que se le ha tenido. Un tomo de 152 páginas con profusión de grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 1,50 pesetas en rústica.

ANUARIO BORINQUEN, 1915. - La clase de 1915 de la escuela superior «José de Diego» de San Juan (Puerto Rico), ha publicado un volumen en el que se insertan notables trabajos de los profesores de la misma y de otros colaboradores, y biografías de los alumnos que constituyen la referida clase, la cual dedica el libro a la facultad de la escuela y a todas las personas que han contribuido moral, intelectual o materialmente a la fundación de aquel establecimiento docente en el cual se da la enseñanza en castellano. Un tomo de 124 páginas con numerosos grabados, impreso en la tipografía Cantero Fernández y C.ª, de San Juan.

MADRID. - ACTUALIDAD TEATRAL. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)



Una escena de *El Cardenal*, obra en cuatro actos escrita en inglés por Mr. Parker y arreglada a la escena española por los Sres. Linares Rivas y Reparaz, estrenada con gran éxito en el Teatro Infanta Isabel

El melodrama de Parker, admirablemente adaptado a la escena española por los Sres. Linares Rivas y Reparaz, es una obra que desde las primeras escenas se apodera enteramente del público, el cual sigue con creciente interés la acción emocionante que el autor ha sabido desarrollar con arte y habilidad sumos.

El cardenal Juan de Médicis, que más tarde fué el papa León X por tantos conceptos ilustre, sabe por secreto de confesión quién es el autor de un crimen del que se acusa a su hermano Julián. Podría salvar a éste revelando el nombre del verdadero asesino; pero ello sería cometer un sacrilegio, ante el cual retrocede el prelado, prefiriendo las torturas que esta situación le causa a la tranquilidad que podría comprar quebrantando el silencio que sus deberes sacerdotales le imponen. Al fin el amor a su hermano y el deseo de que resplandezca la justicia y no sufra la inocencia, sugiérenle un ardid, el de fingirse loco, gracias al cual logra hábilmente

que el culpable, el condottiero Strocci, confiese su crimen. El autor del melodrama ha tenido el acierto de hacer que esta acción se desenvuelva en un ambiente que refleja con sumo arte el apogeo del Renacimiento italiano, en medio del refinamiento de las diversas manifestaciones de las letras y de las bellas artes, pero en medio también de las turbulencias, de las ambiciones, de los favoritismos en que se agitó la sociedad romana durante aquella época por tantos conceptos interesante.

El eminente actor Tavallí ha hecho de su papel una verdadera creación, dando al personaje de Juan de Médicis toda su grandeza e interpretando con singular acierto el carácter complejo con que nos lo presenta la historia. Con él comparten mercedamente los aplausos del público las señoras Gámez, Martos, Heredia y Vilanova, y los Sres. Aguilar, Requena y Gabaldón. *El Cardenal* ha sido puesto en escena con lujo y propiedad irreprochables.

DENTIFRICOS HIGEIA

ELIXIR
POLVOS
CREMA



PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALLICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ECOS DE LAS MONTAÑAS

POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

Paris

1849

PUREZA DEL CUTIS

- LAIT ANTÉPÉLIQUE -

LA LECHE ANTEPÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Conserva y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS - 16 St-Denis, 16

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN